DENES MARTOS

LAS NUEVE NOBLES VIRTUDES

EDICIÓN ORIGINAL 2007
SEGUNDA EDICIÓN 2022

denesmartos.blogspot.com

ÍNDICE

Tabla de contenido

Introducción **3**

Honor **5**

Verdad **11**

Lealtad **15**

Disciplina **19**

Perseverancia **23**

Trabajo **28**

Libertad **33**

Valentía **40**

Solidaridad **44**

Introducción

Durante bastante tiempo he estado soportando cierto disgusto ante la casi universal reiteración de aquello de "*tenemos una crisis de valores*".

No es que esté en desacuerdo. Lo que me molesta es que, en la enorme mayoría de los casos, las personas que se quejan amargamente de la ausencia de valores en nuestro mundo postmoderno tampoco se toman el trabajo de especificar de cuales valores están hablando. Dan por sobreentendido lo que falta. La consecuencia inevitable de eso es que las personas a quienes eso les falta no tienen ni idea de qué se habla en absoluto.

Este modesto trabajo pretende, de algún modo, llenar – al menos en parte – ese hueco. Pero entendámonos: lo que aquí propongo no es una serie de reglas y normas a seguir sino un conjunto de conceptos para meditar. Lo que he hecho aquí es considerarlos, reflexionar sobre ellos y sacar mis conclusiones. Me sentiría muy halagado y más que satisfecho si eso sirviera para que alguno de ustedes haga lo mismo.

Aunque llegue a conclusiones diferentes.

Además de esta observación preliminar, también tengo que ser honesto, tanto conmigo mismo como con todos ustedes, y citar mis fuentes. No fui yo quien descubrió las Nueve Nobles Virtudes. Tampoco fui yo el que las recopiló. Provienen de un trabajo realizado por John Yeowell y John Gibbs-Bailey quienes, allá por los años '70 del Siglo XX, sistematizaron el código ético y moral de los pueblos del Norte de Europa a partir de las tradiciones contenidas en el Havamal del Edda Poético, las sagas de Islandia y el folklore de esos pueblos. También hay que agregar algo muy importante: la intención de estos recopiladores fue la de recrear y recomponer la religión pagana a la cual estas normas se referían. Tanto es así que fundaron congregaciones neopaganas; algunas de las cuales subsisten de algún modo hasta el día de hoy.

Tengo que decir, muy clara y categóricamente, que no comparto esa intención por más simpatía que sienta por los valores que se recopilaron. Es indudable que todas las religiones son portadoras de un código ético y moral. Pero, en mi opinión, eso todavía no quiere decir que un código ético y moral se pueda reconvertir en religión. En otras palabras: se puede reconstruir un código moral a

partir de una religión; lo que no creo que se pueda hacer es reconstruir esa religión a partir de su código moral. Mucho menos una religión muerta. Y eso es porque una religión, cualquier religión, es muchísimo más que su código moral y siempre será posible reconstruir la parte a partir del todo pero reconstruir el todo a partir de una de sus partes me parece una empresa condenada a un margen de error tan grande que, en este ámbito, conlleva un riesgo que – al menos para mí – es inaceptable.

Por otra parte, tampoco veo que haya ninguna necesidad de hacerlo. El cristianismo histórico y la Iglesia como institución pueden merecer, por cierto, unas cuantas críticas. De hecho, las más duras y profundas que conozco provienen de sus propios fieles y no tanto de sus adversarios. Pero en ningún lugar he encontrado nada que haga incompatible las Nueve Nobles Virtudes con las enseñanzas y el mensaje de Jesús de Nazaret. No creo que ningún cristiano sincero y auténtico tenga que avergonzarse de ser honorable, veraz, leal, disciplinado, perseverante, laborioso, independiente, valiente o solidario. Como que tampoco veo incongruencia alguna entre estos valores y las tradicionales cuatro virtudes cardinales cristianas de prudencia, justicia, fortaleza y templanza. O las tres teológicas de Fe, Esperanza y Caridad.

Pero, aparte de la cuestión teológica en si, es muy posible que el amalgamar todos estos valores en un gran y comprensivo sistema ético y moral, en el lenguaje de nuestro tiempo, comprensible para las personas de nuestro tiempo, aplicable en el entorno de nuestra época, sea una asignatura pendiente a la que bien valdría la pena dedicarse. Por desgracia, dadas mis limitaciones, creo que tendré que dejar esa síntesis a otros más calificados.

Quizás a alguno de ustedes.

Denes Martos
Buenos Aires, Febrero de 2007.

Honor

El honor es aquello que prohíbe
las acciones que la ley tolera.
Séneca

El honor es la conciencia externa,
y la conciencia, el honor interno.
Arthur Schopenhauer

En un espíritu corrompido
no cabe el honor.
Tácito

No se me escapa que hablar de honor en los días que corren es casi algo así como un anacronismo. Decididamente, el honor no es algo que esté de moda. Es un valor que hemos olvidado casi por completo. La palabra "honor" ya casi ni se pronuncia. Sin embargo, es harto frecuente observar como muchas personas se llenan la boca perorando sobre "la dignidad humana". Aparte de que cada uno entiende esta dignidad a su manera – generalmente para exigir algún reclamo – nadie se toma tampoco el trabajo de explicar exactamente en qué consiste y cómo se fundamenta esa dignidad.

En lo fundamental, el concepto del honor descansa sobre el respeto. Muy básicamente, el honor de una persona consiste en ser lo que es y en ser reconocido y respetado por lo que es. Mi honor reside ser lo que soy y en que mis semejantes me reconozcan y me respeten por lo que soy. El corolario necesario de esto es que toda persona debe tener un comportamiento que le haga posible respetarse a si mismo, asumiendo al mismo tiempo el compromiso de respetar a quienes se respetan.

Así y todo, sería un error confundir el honor con la reputación, con la fama, o con la notoriedad. En una persona realmente íntegra, la reputación no es sino la consecuencia de una honorabilidad intrínseca reconocida por sus semejantes. A las personas de reputación intachable se las honra; a las que se destacan por una honorabilidad excepcional se les rinden honores. Y esto corresponde aunque sean adversarios o hasta enemigos declarados. Cuando en la Primer Guerra Mundial los británicos consiguieron derribar a Manfred von Richthofen – más conocido como el legendario "Barón Rojo" alemán por el color de los aviones que piloteaba – los mismos británicos lo sepultaron con todos los honores militares. Su ataúd fue cargado por seis miembros del escuadrón 209 inglés y soldados australianos presentaron armas y lanzaron tres salvas en su honor. En la lápida de su tumba,

que aún hoy está en el mismo lugar en que cayó, sus enemigos hicieron grabar las siguientes palabras: *"Aquí yace un valiente, un noble adversario y un verdadero hombre de honor. Que descanse en paz"*.

Sucede que el honor no sólo se afirma sobre el respeto sino que impone respeto y, en las personas con honor, este respeto trasciende todas las fronteras y todas las líneas divisorias. No hay barreras para el reconocimiento del honor aún entre personas de escalas de valores diferentes. El caballero teutónico o el gentilhombre español le habrían rendido honores al samurai japonés aún sin compartir el código de honor de este último que le imponía el suicidio ritual a la muerte de su Señor. El pobre respetará al rico si éste es honrado y el rico respetará al pobre si éste es honrado. Entre personas de honor, débiles y poderosos se respetarán mutuamente porque el honor trasciende condiciones sociales, niveles económicos y jerarquías establecidas. Honor y respeto son valores que no se dejan embretar en estructuras convencionales. Están más allá de cualquier estructura social, económica o política porque son inherentes a la parte más noble de la condición humana. Y esa nobleza impone un reconocimiento aún entre personas de distintas culturas o civilizaciones.

La única verdadera Internacional es la de los Hombres de Honor.

Y no es que los miembros de esa cofradía sean “iguales” en el sentido que el igualitarismo actual le otorga al término. Antiguamente se hubiera dicho que son “pares”. El honor no nos hace iguales. Nos hace igualmente respetables.

En buena medida, la dificultad de explicar y definir el honor reside en que es un valor fuertemente autoreferencial. O bien se explica por si mismo, o bien resulta muy difícil de describir. Tratar de explicarle el honor a un corrupto o a un codicioso ególatra es como tratar de explicarle los colores a un ciego, o la música a un sordo. Dado esto, se comprende por qué todo lo relativo al honor se vuelve rápidamente circular: somos dignos de respeto si nos comportamos con honor y nos hacemos honorables respetando nuestra propia dignidad.

Una de las cosas importantes es comprender que la dignidad no es un atributo automáticamente adjudicable a cualquier persona como muchos sostienen o, al menos, pretenden sostener. La pura y triste verdad es que hay personas indignas. Porque a la dignidad hay que ejercerla; al respeto primero hay que merecerlo y luego ganarlo. Es muy encomiable eso de que hay que respetar a los demás y respetar la dignidad de los demás. Pero ¿qué hacemos con quienes no se respetan ni a si mismos? ¿Qué dignidad vamos a respetar en quienes no tienen dignidad? ¿Acaso es posible rendirle honores a alguien que no tiene honor?

Otro aspecto importante es que el honor, como muchos de los demás valores que veremos luego, constituye una avenida de doble mano. Es un valor que está en

uno mismo y que se reconoce en el otro. Sin embargo, aun si la avenida es de doble mano, la circulación no es automática. El valor está en uno mismo sólo si se lo cultiva y se lo ejerce. Y se reconoce en el otro sólo si el comportamiento de este otro permite inferir o deducir un valor similar. Un honor sin el comportamiento correspondiente es pura fanfarronería vacía de contenido real. Si me descuelgo con el proverbial "*hijo mío, haz lo que te digo y no lo que yo hago*" estaré dando, quizás, un buen consejo. Pero no por ello lo que hago se va a convertir en un comportamiento honorable.

Si todos tenemos – o no – la misma **capacidad** para ser honorables, eso es algo que admite el debate y puede discutirse. Personalmente, debo confesar que no creo que eso sea cierto, por más antipática que resulte la afirmación. He conocido en mi vida personas tan indignas y tan vacías hasta de la más elemental noción del honor que ni aún con la mejor buena voluntad del mundo he conseguido imaginarme cómo podrían haber seguido un camino diferente. Hay quienes afirman que el honor y la dignidad son producto de la educación y del medioambiente. No lo creo. Realmente no lo creo. En todo caso, o bien nuestra educación es un fracaso colosal, o bien muy poco es lo que puede o sabe hacer en materia de honor y dignidad. Elijan ustedes la opción que más prefieran, pero la corrupción y la deshonestidad generalizadas que hoy existen en nuestra civilización – y de las cuales todos se quejan amargamente – son una prueba bastante palmaria de que, en materia de decencia, con nuestros sistemas pedagógicos no hemos logrado gran cosa.

Creo que al cultivo y al ejercicio del honor lo promovería mucho más un buen sistema de premios y castigos que una sofisticada teoría educativa. Y no estoy pensando en castigos inhumanos, flagelaciones públicas, penas de muerte, o barbaridades por el estilo. En lo que pienso es en un sistema que promueva la honorabilidad y le ponga barreras prácticamente infranqueables a la deshonestidad. Mientras premiemos a los especuladores, a los arribistas y a los oportunistas sin escrúpulos con los puestos más altos de la escala social y mientras castiguemos a los simples honrados profesionales y trabajadores con los últimos puestos, poca esperanza tengo que consigamos construir una sociedad basada en el honor y en el respeto a la verdadera dignidad. Será una opinión muy personal mía, pero creo más en un buen criterio de selección que en la supuestamente infinita educabilidad del ser humano.

Antiguamente se afirmaba que el honor se posee porque es un "patrimonio del alma"; pero el individuo puede perderlo al mancharlo con sus actos siendo que el árbitro, el otorgador y el protector del honor es Dios. Simultáneamente, se hacía la distinción entre "*honor*" y "*honra*", afirmando que esta última es un bien que se adquiere y hasta se hereda siendo su árbitro, dador y protector el Rey.

Roque Barcia, en su "Diccionario de Sinónimos Castellanos" decía todavía hacia fines del Siglo XIX: *"... el **honor** es una honra de sentimiento presente, nuestra. Es el caudal que hemos de legar a nuestros hijos. La **honra** es un honor tradicional, histórico, heredado; es el caudal que nos legaron nuestros padres. De modo que el **honor** es una virtud. La **honra** viene a ser una razón de estado, casi una jerarquía. El honor se tiene. La honra se hereda."* [1]

De lo dicho creo que se desprende con bastante claridad que el honor no es una posesión garantizada. No es algo que se tiene, sin importar lo que uno haga en la vida. Puede perderse y, de hecho, las generaciones pasadas opinaban que es como la virginidad: se tiene o no se tiene y se puede perder una sola vez. Hoy en día quizás no seríamos tan estrictos. Considerando como están las cosas en el mundo, creo que deberíamos ser algo más indulgentes y admitir que hasta una persona honorable puede tener un momento de debilidad, o cometer un error grave del que no se sentirá precisamente orgulloso por el resto de su vida. Pero, de todos modos, tampoco exageremos demasiado con eso de la indulgencia y la tolerancia. Porque lo cierto es que la deshonestidad es un tobogán por el cual, una vez que alguien se deja deslizar, resulta muy difícil volver para atrás. Den ustedes un paso hacia la corrupción y la deshonestidad y, si consiguen deshacer el camino inmediatamente, quizás logren continuar siendo personas con honor. Pero si llegan a dar el segundo paso muy probablemente habrán perdido el honor para siempre. El deshonor es un pozo sin fondo del que no se sale. Por lo menos, no sin ayuda. Recuerden lo que dijimos acerca de quién es el que, según la tradición, otorga el honor.

Y esto es así porque, una vez perdido el honor se pierde también el respeto por uno mismo y por los demás. Y, habiendo perdido ese respeto, las personas pierden su dignidad. Entre otras razones, por eso les decía antes que hay personas indignas. Una persona deshonesta no es digna de respeto y una persona que no es digna de respeto es una persona indigna. El razonamiento es de hierro y no hay escapatoria. Es inútil perorar sobre una "dignidad humana" que se presupone en cualquiera por el sólo hecho de ser un miembro de la clase zoológica denominada *homo sapiens*. Hay personas que han tirado esa dignidad a la basura, o ni siquiera tienen noción de que existe en absoluto, y la sociedad no gana absolutamente nada siendo tiernamente condescendiente con ellas. Es más: la experiencia actual – e incluso 10.000 años de Historia – demuestran que ese criterio solamente sirve para disparar una decadencia que muy fácilmente puede llegar a volverse irreversible.

[1])- Roque Barcia, *Diccionario de Sinónimos Castellanos*, E.Sopena, Buenos Aires, 1967. Pág.275

Entiéndase bien: no es cuestión de ser inhumanamente crueles con las personas indignas. La cuestión es bloquearles terminante y definitivamente los puestos más altos de la estratificación social, especialmente los relacionados con aquellas funciones que afectan a todo el organismo social o, al menos, a un conjunto importante de seres humanos. No creo que el corrupto y el deshonesto merezcan necesaria y forzosamente la lapidación, la horca o el garrote vil. Pero sí creo que merecen el desprecio que generan y por cierto que no creo que hasta merezcan ser premiados con los niveles de *status* más altos de nuestra civilización. Especialmente no con aquellos niveles en dónde pueden luego tomar decisiones que nos afectarán a todos.

Y por último hay una interrelación que no podemos pasar por alto. Es la que existe entre el honor y el deber.

Cumplir con nuestras obligaciones no es lo mismo que cumplir con nuestro deber. El cumplir con una obligación es una cuestión de responsabilidad. Cumplir con un deber es una cuestión de honor. Las personas responsables cumplen con sus obligaciones; las personas de honor cumplen con su deber.

La diferencia es enorme, aunque no lo parezca a simple vista. Una obligación es algo que le debemos a los demás. El deber nos lo debemos a nosotros mismos. La obligación puede exigirse y muchas veces tiene contrapartida o contraprestación. El deber es lo que se espera de uno más allá de si hay – o no – una contrapartida o contraprestación. Es lo que uno hace "*porque sí*". Porque uno es como es, y es lo que es. O lo que se abstiene de hacer porque una persona de honor no hace esas cosas. La norma del deber es nuestra propia conciencia. La norma de la obligación son las leyes, los usos, las costumbres y los compromisos asumidos.

Por ello es que Séneca decía que "*el honor es aquello que prohíbe las acciones que la ley tolera"*. Porque el sentido del deber es mucho más amplio y mucho más imperativo que la obligación. Y no sólo en el sentido restrictivo en el que la frase de Séneca lo formula sino en el mucho más importante de exigir positivamente determinada actitud o determinado comportamiento. Para el honor, es generalmente mucho más importante lo que el deber comanda que lo que prohíbe.

Para el médico, tratar de curar al enfermo es un deber. Hacerlo a conciencia según sus mejores conocimientos y tomando todos los recaudos adecuados es una obligación. Pero también es su deber ver en el paciente a un ser humano que sufre y no sólo una oportunidad para cobrar honorarios por consultas inútiles. No obstante, mantener el secreto profesional es su obligación.

De cualquier modo, el honor reside siempre en aquello de lo cual nos sentimos orgullosos o de lo cual creemos que nos podemos sentir orgullosos. No para

restregárselo bajo la nariz a todo el mundo haciendo una ostentación tan innecesaria como improcedente de nuestro orgullo. Es simplemente aquello que constitutivamente nos pertenece y nos satisface; nos describe y nos place como nos describe; nos representa y encontramos adecuado que nos represente.

Nuestro honor está en lo que auténticamente somos. Define cómo deseamos vernos a nosotros mismos y como deseamos ser percibidos, reconocidos, respetados y tratados por los demás, al mismo tiempo en que define también cómo deseamos percibir a los demás para reconocerlos, respetarlos y tratarlos dignamente.

El honor es lo que convierte a las mujeres en damas y a los hombres en caballeros.

Y esas categorías, digan lo que digan, no dependen de las modas.

Son condiciones que jamás pasarán de moda.

Verdad

¿Qué es la verdad?
(Poncio Pilato a Jesús de Nazaret)
Juan 18:38

La verdad es lo que es,
y sigue siendo verdad
aunque se piense al revés.
Antonio Machado

Resulta imposible atravesar una muchedumbre
con la llama de la verdad
sin quemarle a alguien la barba.
Georg Christoph Lichtenberg

Cuando Poncio Pilato tuvo ante si a Jesús de Nazaret, después de escucharle decir: "*Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad*", [2] de pronto preguntó: *"¿Qué es la verdad?"*. El dramatismo de la escena reside en que la tenía allí, ante sus propios ojos. Pero no la vio. No la reconoció en una persona que encarnó la Verdad hasta el punto de dejarse crucificar por ella.

Y, sin embargo, de alguna manera la entendió, al menos en cierta medida, porque, de otro modo, no se explica que luego de la pregunta – quizás dicha en un tono algo sarcástico y escéptico – saliese a decirles a los judíos: *"Yo no encuentro ningún delito en él"*. Con lo cual Pilato terminó diciendo una verdad concreta porque, como sabemos, el reo cuya crucifixión le exigían era por completo inocente.

Toda persona de honor tiene el deber de atenerse a la verdad. De ser veraz. Y el ser veraz no necesariamente presupone conocer y entender la verdad absoluta de todas las cosas. Significa, simplemente, reconocer, aceptar y afirmar lo que es. Poncio Pilato no captó la Verdad teológica representada por Jesús de Nazaret.

[2])- Juan, 18:37

Pero percibió la verdad de su inocencia y fue veraz al proclamarla. Bien es cierto que después cedió a las presiones, pero eso ya pertenece a un contexto que no corresponde aquí y que he tratado en otra parte [3]. El hecho es que atenerse a la verdad significa atenerse a lo que es, tal cual es; sin aditamentos ni restricciones; en la total y completa integridad con la que se nos manifiesta.

Me doy cuenta de que esto se contrapone a la opinión mayoritaria actualmente vigente. Lo que sucede es que en la actualidad hay una tendencia al relativismo abusivo. Es como si una extrapolación ilícita de la teoría de la relatividad justificase una relativización de todo lo que conocemos y percibimos. Hasta la verdad misma. André Maurois llegó a decir que la única verdad absoluta es que la verdad es relativa. Y es falso, por más que lo repitan algunos intelectuales y por más que esté de moda sostenerlo como una especie de prueba de benevolente tolerancia.

Por de pronto y en primer lugar, la verdad se sostiene a si misma. No depende de opiniones. No depende de que alguien la descubra, la proclame o la acepte. Ni siquiera le afecta que alguien la niegue. Para dar un ejemplo muy burdo y seguramente no del todo apropiado: dos más dos seguirán siendo cuatro aún si nadie en todo el mundo se da cuenta de ello y aún a pesar de que a alguno se le dé por insistir machaconamente en que la cuenta da cinco. Lo que es, no necesita más que su propia condición para ser. El relativismo pretende hacernos creer que todo el Universo no es más que un conjunto de fenómenos relativos y la realidad indica que los fenómenos – al menos algunos – podrán ser relativos, pero el Universo **es** a pesar de esa relatividad y seguiría siendo ese mismo Universo (porque no hay otro) si los fenómenos se relacionaran de otra forma. Yo mismo, con otra educación, con otro entorno, habiendo nacido y vivido en otro país, seguramente sería distinto. Pero no sería otra persona. Sería la misma persona que soy. Simplemente quizás – y sólo quizás – lo sería de **un modo** diferente.

En segundo lugar, la verdad absoluta existe. Eso que hoy se llama "verdad relativa" no es más que una expresión incorrecta para indicar una interpretación personal, o un conocimiento parcial, o hasta podría ser una percepción equivocada de la verdad absoluta. De hecho, si se lo piensa con seriedad, no cuesta demasiado comprender que, de no existir la verdad absoluta, las verdades "relativas" no existirían tampoco. Y, aún existiendo, no tendrían ningún sentido porque no tendríamos contra qué contrastarlas. Un Universo absolutamente relativo sería un Universo absolutamente ininteligible.

Ésas que hoy llamamos verdades "relativas" – insisto: de un modo bastante impropio porque casi nunca queda claro el nexo relacional (¿relativas a qué?) –

[3])- Cf. Denes Martos, "*Los Deicidas*" en denesmartos.blogspot.com

no son sino aproximaciones, más o menos perfectas, más o menos logradas, o más o menos imperfectas y parciales, a esa verdad absoluta que, es cierto, en la generalidad de los casos complejos o profundos se nos escapa.

El reconocer que la verdad existe; el aceptar la presencia de la verdad y afirmar la verdad tan como ésta se nos presenta, es justamente lo que nos permite ser veraces.

Ahora bien; puesto que, como ya vimos, para ser veraces no es indispensable conocer la verdad absoluta de todas las cosas, el ser veraz no significa estar libre de todo error posible. Pero esto tampoco significa que la veracidad, para adquirir carta de ciudadanía y aceptación social, necesariamente tenga que disimularse – o "relativizarse" – con adjetivos posesivos. La verdad no necesita que pidamos perdón por expresarla disfrazándola de "nuestra" verdad, como si la misma fuese un traje ajustable a la medida de cualquiera. Como si fuese posible que exista "mi" verdad, "tu" verdad, "su verdad" y los plurales respectivos respecto de una misma cuestión. Por simple y elemental lógica matemática, si A es igual a la B de Juan y la B de Juan es igual a C, entonces la B de Pedro, si no es igual a la B de Juan, tampoco será igual ni a A, ni a C. Es posible, por supuesto, que tanto la B de Pedro como la B de Juan constituyan o reflejen **aspectos parciales** de A o C. Pero, en ese caso, lo incorrecto es el punto de partida y no se debería decir que A es **igual** a la B de Pedro o de Juan.

Hoy se utiliza mucho este tipo de minimización por adjetivo posesivo como una especie de actitud de prudencia y humildad. Hacer eso es simple cobardía cuando no tan sólo hipocresía bastante mal encubierta. Nunca deberíamos pedir perdón por ser veraces. Porque ser veraz no significa más que reconocer, aceptar y afirmar lo que es, tal como se lo entiende y conoce, sin prejuicios, precondiciones, omisiones ni agregados. Ser veraz significa manifestar la realidad tal cual uno la ha vivido, conocido y experimentado. No hay motivo alguno para disculparse o auto-disminuirse por eso.

No existe duda alguna de que, aún siendo veraces, podemos equivocarnos. Pero disculparse de entrada por la posibilidad que, en una de ésas, podemos llegar a cometer un error no tiene ningún sentido y sólo sirve para desmerecer nuestras propias convicciones. Porque las personas auténticamente veraces están comprometidas con la verdad y, por ello, no tienen ninguna dificultad para enmendar y corregir sus errores. Por el contrario, es a la mentira a la que generalmente hay que tratar de ocultar o disimular mediante un disfraz de falsa modestia y, cuando la mentira corre peligro de derrumbarse y hay que apuntalarla, el método usual y casi inevitable es el de recurrir a mentiras adicionales aún mayores que la primera. Con lo cual el error, en lugar de disminuir, se agranda.

Admito desde ya que puedo cometer errores. Pero eso no me preocupa demasiado porque, estando comprometido con la verdad, en el momento en que descubra mi error, o alguien me lo haga ver, lo corregiré inmediatamente y sin subterfugios. Me preocuparía si estuviese comprometido con la mentira. Porque, cuando se descubra esa mentira, no me va a quedar más remedio que tratar de defenderme agrandando la mentira y agregándole argumentos para seguir haciéndola creíble.

Entre varias otras cosas por eso también es que, como decía Sófocles, la verdad puede más que la razón; o bien, como coincidía Unamuno, el "tener verdad" es muchísimo más importante que el "tener razón". Porque, como ya lo sabían los sofistas griegos, la razón puede resultar bastante engañosa a la hora de la verdad puesto que siempre se podrán encontrar muy buenos argumentos para defender una mentira. Los sofistas – al menos gran parte de ellos – fueron expertos en defender tesis falsas con argumentos impecables. Por eso es que quien tiene razón no por ello es también necesariamente veraz. Puede tener razón pero no necesariamente tiene verdad.

En consecuencia, si bien el deber de una persona de honor para con la verdad no requiere el conocimiento total de la Verdad absoluta; implica, eso sí, la obligación de no recurrir a la falacia para tener razón. Poncio Pilato ordenó la crucifixión de Jesús de Nazaret cediendo a las presiones políticas a las que estaba sometido. Ése fue su crimen o, si ustedes quieren, su falta grave. Pero lo proclamó inocente y ordenó la crucifixión de un inocente dejando bastante bien en claro que el acusado era inocente. No comprendió la envergadura y la importancia de la persona que estaba juzgando. Pero tampoco recurrió a la falacia de declararlo culpable para justificar su acción. Ése fue su mérito. Algunos cristianos ortodoxos consideran santos a Pilato y a su esposa Claudia Prócula. Personalmente, creo que eso es algo exagerado; pero no cuesta demasiado entender el razonamiento que hay detrás del criterio.

No somos veraces recién cuando hemos accedido a una verdad universal. Lo somos cuando honesta y sinceramente damos testimonio de nuestras vivencias y de los conocimientos que hemos extraído de ellas. Por el contrario, somos falaces cuando nuestro testimonio no se condice con nuestra vida o es contrario a nuestras reales convicciones.

Una persona de honor, comprometida con la verdad, simplemente no predica aquello en lo que no cree, no se adjudica méritos por lo que no hizo, ni se comporta en forma contraria a lo que pregona.

Como pueden apreciar, es difícil. Quizás hasta duro.

Pero no es tan complicado.

Lealtad

Lo que el amor no ata, está mal atado.
Y lo que la lealtad no ampara,
no lo protege tampoco ningún juramento.
Ernst M. Arndt

Dónde hay honor la lealtad es siempre sagrada.
Publilio Siro

Lealtad y verdad guardan al rey,
y por la justicia sostienen su trono.
Proverbios 20:28

La lealtad de los perros no nos sorprendería tanto
si la de los hombres fuese más frecuente.
Sigmund Graf

La lealtad es el lazo invisible pero indestructible que une entre sí a las personas de honor comprometidas con la verdad.

En general, es frecuente que se suponga que la lealtad es una fidelidad que el jerárquicamente inferior le debe a sus superiores. De hecho, puede ser eso también; pero de ningún modo es solamente eso. La lealtad no es sólo un compromiso de los dirigidos; también es un deber de los dirigentes. Obliga al conducido a cumplir fielmente las directivas del conductor pero, exactamente por el mismo principio, obliga al conductor a compartir el destino de las personas a las que conduce haciéndose personalmente responsable por las decisiones que ha tomado y por las directivas que ha hecho cumplir.

Así, también la lealtad es una avenida de doble mano. Es muy cierto que el jefe, el patrón, el gerente, el superior responsable en suma, puede y debe exigir lealtad de parte de sus subordinados, empleados, o colaboradores. Pero no menos cierto es que sólo puede y debe hacerlo si él también sabe ser leal con quienes conduce y frente a quienes tiene asumida la responsabilidad de dirigir.

Por otra parte, la lealtad es también la hermana mayor de la fidelidad. En términos muy amplios, la fidelidad es una práctica constante de la lealtad. Decimos de una persona que es fiel cuando es constantemente leal; cuando ha llegado a hacer de la lealtad todo un estilo de vida. La diferencia reside en que la

lealtad es una **actitud** que nace del sentido del honor mientras que la fidelidad es un **comportamiento** acorde con dicha actitud. En otras palabras: la lealtad es un imperativo ético; la fidelidad es el valor moral correspondiente. Una persona de honor es leal por principio y fiel a sus responsabilidades morales asumidas por deber.

La otra gran diferencia es que, mientras la lealtad es un lazo y un compromiso entre personas, la fidelidad es un vínculo que puede establecerse entre personas pero también puede darse entre una persona y una idea, una religión, un código moral, una promesa dada, así como con instituciones; por ejemplo, la nación, el Estado, la comunidad. Por eso, quienes viven de acuerdo a los preceptos de una Iglesia se llaman los "fieles" de esa Iglesia y constituyen su "feligresía". Y por eso también, de una persona que se mantiene firme en sus códigos, se dice que es "fiel" a sus convicciones.

En el ámbito de una familia, la fidelidad implica sostener y mantener las promesas dadas al fundarla. Muchas personas creen que esto se limita a restringir la sexualidad a las dos personas que han contraído matrimonio.

Si bien hay muy buenos argumentos para sostener que la monogamia basada en la fidelidad sexual presenta varias ventajas prácticas, en una familia la exclusividad sexual no es ni el principal ni el único factor que sostiene y mantiene al núcleo humano constituido por padres e hijos. No obstante, para entender eso en profundidad, lo primero que hay que aclarar es que pareja, matrimonio y familia no son términos intercambiables. Esas palabras no significan lo mismo. Los conceptos que representan no son iguales ni equivalentes.

Una pareja es sencillamente la unión o coincidencia de dos personas. Dos seres humanos que deciden vivir juntos – o compartir toda o parte de sus vidas de alguna forma – se aparean y, por consiguiente, forman una pareja. En este sentido, el ser humano no se diferencia de muchísimos animales que también se aparean; algunos ocasionalmente; otros hasta que se desarrolla la cría; conociéndose incluso especies que forman parejas monógamas permanentes. Sin embargo, la monogamia animal no es tan estricta como muchos románticamente llegan a creer. Estudios genéticos mediante el análisis del ADN demuestran que en varios casos (se habla de más de un 30%) la cría de parejas de animales reputados de monógamos demostró proceder de un padre distinto al que las cuidaba desde el nacimiento. [4]

[4])- Cf. David Barash y Judith, *"The myth of monogamy"*. W. H. Freeman, 2001

Lo que sucede es que el matrimonio humano es mucho más que una pareja. Es la unión de dos seres que se han hecho promesas mutuas. Promesas en las cuales cada uno debería poder confiar. Dadas estas promesas, cada uno ha comprometido su deber en toda una serie de obligaciones que pueden variar de una cultura a la otra, de una comunidad a otra, o de una congregación a otra, y que – dadas estas diferencias etnoculturales – pueden incluir (o no) una exclusividad sexual pero que, en todo caso, van mucho más allá de lo sexual. Es un tremendo error creer que aquellas religiones que admiten la poligamia, como por ejemplo el Islam, eximen de toda responsabilidad al hombre que tiene varias mujeres.

En el matrimonio, los cónyuges se prometen ayuda mutua; asistencia mutua; cuidados mutuos. Aparte por supuesto del amor, el matrimonio como institución está fundado sobre promesas: promesas de protección, de comprensión, de tolerancia, de buena voluntad. La verdadera infidelidad en el matrimonio es el incumplimiento de alguna o varias de estas promesas. Consiste en "fallarle" a la otra persona y, por eso, esencialmente, es un acto de deslealtad. Incumplir la promesa dada, faltar a la palabra empeñada, es lo que en realidad constituye eso que llamamos generalmente infidelidad. Y será tanto más grave mientras más sagrada haya sido la promesa; es decir: mientras más confianza una persona haya podido depositar en la palabra dada por el carácter consagrado que tuvieron los compromisos matrimoniales asumidos.

Y sin embargo, aún con toda su importancia y aún con el carácter sacramental que posee, el matrimonio todavía no equivale a una familia. Porque una familia es un matrimonio con hijos. Con lo cual, lo primero que sucede es que los deberes y las obligaciones aumentan y se multiplican. Con los hijos se asume el deber de alimentarlos, cuidarlos, protegerlos, educarlos, criarlos, orientarlos y ayudarlos a desarrollarse armónicamente. Y la enumeración está a años luz de ser exhaustiva. El matrimonio, cuando se convierte en familia, deja de ser un compromiso entre dos para convertirse en un compromiso entre varios.

Para ponerlo de algún modo: a las parejas les basta una habitación; a los matrimonios les alcanza una vivienda. Las familias necesitan un hogar.

Y en la construcción y el mantenimiento de ese hogar hay todo un cúmulo de compromisos – explícitos e implícitos – cuyo cumplimiento sólo es posible entre personas esencialmente leales y que, por ser leales, también saben ser fieles a esos compromisos.

Pasando a otro tema y en otro orden de cosas, con todo lo que llevamos dicho no es muy difícil ver que la lealtad es el fundamento más sólido de eso que, genéricamente hablando, llamamos confianza. Si bien puede haber – y de hecho hay – varios otros factores que también generan confianza, probablemente la

lealtad es el sustrato básico sobre el que todos ellos descansan de algún modo u otro.

Y la confianza – eso que los anglosajones llaman "*trust*" – es un elemento indispensable para todo organismo social, incluso más allá de la existencia o ausencia de un coherente y exhaustivo sistema de códigos y leyes escritas. Hasta Francis Fukuyama, uno de los más firmes partidarios del sistema socioeconómico actual admite que: "*La confianza es la expectativa que surge dentro de una comunidad de comportamiento normal, honesto y cooperativo, basada en normas comunes, compartidas por todos los miembros de la comunidad. [...] El capital social es la capacidad que nace a partir del predominio de la confianza en una sociedad o en determinados sectores de ésta. [...] exige la habituación a las normas morales de una comunidad y, dentro de este contexto, la adquisición de virtudes como lealtad, honestidad y confiabilidad.*" [5]

Lo concreto es que los operadores económicos actuales se han dado cuenta y han tenido que terminar admitiendo que las leyes escritas y los contratos firmados no sirven de gran cosa, especialmente en un mundo expuesto a grandes cambios y a crisis más o menos severas. Y esto es así porque la taxatividad tiene muy serios límites. La casuística está, en última instancia, basada en nuestra experiencia de lo ya ocurrido y en nuestra capacidad para prever los casos que pueden llegar a ocurrir. Y en lo último no somos precisamente muy hábiles ni muy efectivos; por decir lo menos.

Los hechos concretos demuestran que, tarde o temprano, la realidad siempre excede o desmiente nuestras más cuidadosamente calculadas previsiones. La realidad siempre nos supera. No importa lo minuciosa o detallada que sea la letra de un contrato o un acuerdo; a lo largo del tiempo – y en el mundo actual, a veces en sorprendentemente poco tiempo – los hechos reales pueden convertirlo en inaplicable con extrema facilidad. Entre otras cosas, por ello es también que Platón afirmaba que la mejor república no es aquella que tiene muchas leyes sino aquella que funciona razonablemente bien con muy pocas. Porque si cada comportamiento esperado tiene que ser escrito, descripto y refrendado con toda minuciosidad, algo realmente tiene que estar muy mal con los seres humanos de quienes se espera dicho comportamiento. En la enorme mayoría de los casos, si una persona no se comporta de determinada manera por propia iniciativa, no sirve de gran cosa el escribir una ley para que lo haga.

Quizás sea necesario escribirla igual.

Pero no cometamos el error de esperar gran cosa de ella.

Porque, parafraseando a Arndt, lo que el honor, la verdad y la lealtad no amparan, no lo protegerá tampoco ninguna ley, ni ningún contrato.

---

[5])- Francis Fukuyama, "Confianza", Editorial Atlántida, Buenos Aires 1996, págs. 45/46.

Disciplina

Al mundo se le predican tantas falsedades porque
hoy todos hablan del derecho a la libertad de conciencia
sin haberse sometido a forma alguna de disciplina.
Mahatma Gandhi

Justamente la disciplina es lo que distingue a la
sociedad de la anarquía; precisamente la disciplina es
lo que determina la libertad.
Anton S. Makarenko

Quien vive sin disciplina,
muere sin honor.
Proverbio Irlandés

Comencemos con algo obvio: en un mundo que coquetea con el permisivismo hasta el punto de bordear los límites de la anarquía, el concepto de disciplina se halla fuertemente devaluado. La palabra "disciplina" hasta genera rechazo en la gran mayoría de las personas. Y sin embargo, tarde o temprano la realidad se encarga de enseñarnos que toda conquista de objetivos complejos – tanto los personales como los de toda una cultura o civilización – resulta por completo imposible sin disciplina. Puede haber muchas maneras de hacer algo; pero la enorme mayoría de las cosas no se puede hacer de cualquier modo.

La disciplina no es la sujeción forzada y constante a la voluntad más o menos caprichosa de otra persona. En lo esencial y en principio, la disciplina no es más que un método. Un método de acción o, si ustedes quieren, un procedimiento. Contrariamente a lo que suelen afirmar algunos teóricos militares, ser disciplinado no consiste esencialmente en cumplir a rajatabla con alguna órden impartida por un superior jerárquico. Eso, en rigor, sería tan sólo ser obediente y, de hecho, lo que la disciplina militar enseña es, más que nada, a obedecer. Algo muy necesario, útil y hasta imprescindible en el ámbito militar; pero no necesariamente transferible así como así a la vida civil.

Ser disciplinados, en un sentido genérico y amplio, no es más que ser metódicos y ordenados en nuestras acciones. En esencia, la disciplina no es sino un método de acción; una regla de comportamiento.

Originalmente el concepto de disciplina proviene del ámbito pedagógico y está relacionado con el proceso de enseñar y aprender. La idea detrás del concepto es que el maestro le señala al alumno un camino que éste debe recorrer en forma ordenada y por etapas hasta alcanzar el conocimiento, la aptitud o la habilidad que se ha propuesto aprender.

Y esto que durante más de 10.000 años funcionó razonablemente bien en las escuelas de todas las culturas, funciona igual de bien en la vida cotidiana. Quien no se pone objetivos vivirá sencillamente a la deriva. Y quien no quiere vivir al garete y se impone objetivos muy pronto descubrirá que la enorme mayoría de esos objetivos – en especial los complejos y los más preciados – no se pueden alcanzar de cualquier forma.

Siempre hay un modo, una forma, de hacer las cosas. Es cierto que puede haber varias formas, varios caminos, para alcanzar un objetivo dado. Pero, de cualquier manera que sea, la cantidad de esos caminos jamás es ilimitada y las postas de cualquiera de esos caminos no están dispuestas en forma caprichosa.

Además y por lo general, entre los varios y posibles métodos, siempre hay alguno más eficaz, o más eficiente, o mejor adaptado a nuestras posibilidades, talentos o aptitudes. Y, por último, para toda una serie de objetivos complejos hasta el día de la fecha tenemos un, y sólo un, camino aunque más no sea por la sencilla razón de que todavía nadie ha descubierto otro mejor. En esto, la buena noticia es que todavía quedan amplios espacios para investigar y descubrir; varios caminos para explorar o construir. La mala noticia, sin embargo, es que la investigación, la exploración y el descubrimiento tampoco son posibles sin disciplina.

Es cierto que muchas veces los caminos se hacen al andar. Pero no vagabundeando para cualquier lado, sin norte ni rumbo.

Hoy la disciplina suena a algo desagradable. En parte, esto nos puede venir del sistema de premios y castigos que prácticamente siempre está asociado a la disciplina. El maestro que lleva, o conduce, a su alumno por un camino – sea ahora este maestro un docente, un padre, o un guía de otro orden – no tiene más remedio que implementar alguna forma de castigo si el alumno se desvía y alguna forma de premio si se mantiene dentro del carril indicado. En especial esto es así cuando el alumno es todavía un niño que no tiene uso de razón. Enseñarle a un niño de dos años que debe mantenerse a una distancia prudente y a no tocar nunca una estufa caliente puede, dado el caso, requerir que – en una situación muy bien controlada – uno tenga que dejar que el pequeño se queme un dedo alguna vez. No es que no haya otra forma pero, dado el caso, ésta puede ser la más terminante y efectiva.

Durante un invierno en que nuestro hijo mayor tenía más o menos dos años, mi mujer y yo tuvimos que estar constantemente alertas. El pequeño atorrante cada tanto insistía en tocar esa bendita estufa que irradiaba un calor tan agradable. Y como la terquedad es, al parecer, heredable, mi hijo resultó por lo menos tan cabeza dura como su padre: no hubo forma de hacer que abandonara la idea. Hasta que una noche me cansé. Lo vi al enanito venir con el dedo índice apuntando a un costado de la susodicha estufa y me dije: "si la llega a tocar, se quema el dedo. Pues más vale que se queme el dedo y no la mano entera o, peor todavía, la cara." Así que, tragando saliva, lo dejé venir. Eva, mi mujer, me miró con cara de "¿estás seguro de lo que estás haciendo?" pero la tranquilicé con la mirada (sin demasiado éxito, por supuesto) y seguí dejando que las cosas siguieran su curso. Pues sucedió lo que tenía que suceder: mi hijo se dio por fin el gusto de tocar la maldita estufa y naturalmente, pegó un alarido que nos partió el alma. Pero en el instante mismo en que él se quemaba el dedo yo salté, lo alejé del artefacto, y le dije: "¡Caliente!".

El pequeñín anduvo un buen tiempo con la ampolla en su dedo, mostrándosela a medio mundo y tratando de decir "caliente" en su especial jerga infantil. Pero a partir de ese día nuestro sistema educativo se vio muy simplificado en lo que al riesgo térmico se refiere. Bastó con señalar la plancha, la cocina o la parrilla y decir "caliente" para que a nuestro hijo ni en sueños se le ocurriese tocarlos. Hubo que dejar que hiciese su experiencia. Y aprendió, como dicen los anglosajones: *"the hard way"*; por el camino duro. Pero aprendió.

Se podrá argumentar que el método es cruel. El contra-argumento es que la vida real puede llegar a ser mucho más cruel todavía. El niño que no aprendió a respetar el fuego y el calor, es el candidato puesto al niño que se vuelca encima la olla de agua hirviendo, o que se pone a jugar con fósforos y termina prendiéndole fuego a toda la casa. Y por favor no me digan que estoy exagerando. Soy analista de riesgos y tendré la deformación profesional de todos los colegas del gremio, lo admito; pero esas cosas han sucedido y, por desgracia, siguen sucediendo. Y con mucha mayor frecuencia de la que se supone. Si no me quieren creer, vayan tan sólo al Instituto del Quemado [6] y pregunten.

La verdad es que quien no se ajusta a una disciplina, se expone a quemarse las manos y más de una vez. Y la disciplina exigida por un maestro que enseña con método siempre será muchísimo más benigna y menos cruel – por más severa y estricta que parezca – que la implacable disciplina que la vida terminará imponiendo de una forma o de otra.

[6])- Pedro Goyena 369, Buenos Aires, Tel.: (54 11) 4923-4082

Hay muchas formas de vivir la vida. Pero acaso la peor y más infructuosa de todas es tratar de hacerlo cediendo constantemente al capricho del momento.

En cierta forma, tanto como para evadir el sabor desagradable que el concepto de disciplina tiene en la actualidad, muchos sostienen últimamente que la "verdadera" disciplina – la supuestamente "buena" disciplina – sería la autodisciplina; es decir: aquella disciplina que uno mismo, voluntariamente, se impone y a la cual uno mismo, otra vez voluntariamente, se sujeta. En relación con esto mi recomendación sería: no desechen la idea, pero tampoco se entusiasmen demasiado con ella. En el fondo se trata de un subterfugio que, bien mirado, resulta bastante transparente. Lo que la mayoría de las veces hay detrás de esta prédica es la especulación con que – puesto que nadie es tan obtuso ni tan masoquista como para castigarse a sí mismo (o por lo menos muy pocas personas lo son) – el incumplimiento de la famosa autodisciplina permitiría esquivar el castigo correspondiente a la indisciplina. El que cree eso se engaña a si mismo y no hace más que convertir la autodisciplina en un autoengaño.

Por supuesto, no es cuestión de negar que existe la posibilidad concreta de que uno se imponga un método y un orden como norma de comportamiento. Pero quien crea que ésa es una versión "*light*" de la disciplina se equivoca por completo. Ante un acto de indisciplina, la pena impuesta por un superior o por un maestro será alguna sanción. En el caso de la autodisciplina la pena que impone la vida es el fracaso.

La disciplina tiene que ver con método y con orden; no con quien exige ese método y ese orden. Sea un maestro, sea un superior jerárquico o sea uno mismo, la esencia del método y del orden no cambiará en lo más mínimo. Y quien se comporte sin método y sin orden, fracasará en nueve de cada diez intentos de lograr un objetivo.

La autodisciplina como un ejercicio arbitrario de libertad personal es, en la mayoría de los casos, un engaño porque, tarde o temprano, de un modo o de otro, la vida se encarga siempre de castigar a quienes no la respetan y creen que pueden engañarla soslayando sus reglas y sus leyes con algún subterfugio. No hay juez ni hay verdugo más implacable que la vida misma cuando se la ofende gravemente atentando contra su propia naturaleza.

No existe, pues, una disciplina "mala" impuesta por los demás y una disciplina "buena" impuesta por uno mismo. La disciplina es una y la misma, sin importar quien la impone o quien la exige. Su valor está dado, en primer lugar por los objetivos que persigue y, en segundo lugar, por la eficacia y la eficiencia con la que se llega a esos objetivos.

Perseverancia

La mayoría de las veces, suerte no es sino
un concepto genérico para incluir capacidad,
inteligencia, empeño y perseverancia.
Charles Kettering

Si te caes siete veces, levántate ocho.
Proverbio chino

Si añades un poco a lo poco
y lo haces así con frecuencia,
pronto llegará a ser mucho.
Hesíodo

Quien se empeña en pegarle
una pedrada a la luna no lo conseguirá;
pero terminará sabiendo manejar la honda.
Proverbio árabe

Mientras la disciplina tiene que ver con el método y el orden en la conquista de objetivos, la perseverancia tiene que ver con la constancia en la persecución de esos objetivos. En otras palabras: comportarse sin orden ni método es ser indisciplinado; cambiar de objetivo caprichosamente a cada rato es ser inconstante.

La diferenciación es importante porque muchas veces se confunde disciplina con perseverancia y viceversa. Aunque convengamos que hasta cierto punto la confusión se justifica porque con frecuencia ambas virtudes van juntas, al igual que sus respectivos vicios. Una persona disciplinada, por lo general, también es constante y una persona inestable difícilmente sea disciplinada. Sin embargo, en esto como en tantas otras cosas, el hecho que los fenómenos sean más o menos correlativos no significa que se trate del mismo fenómeno.

Decidirse por un método y un orden de procedimientos para alcanzar un objetivo es importante. Pero alcanzar y cumplir ese objetivo no lo es menos. No olvidemos que la disciplina es siempre tan sólo un método, un camino, una senda transitable que, con mayores o menores obstáculos, conduce a un objetivo. El

mantenerse firmemente en esa senda significa “estar en el buen camino”. Lo cual ya es mucho; pero, con ser mucho, está lejos de ser todo. Porque al “buen camino” hay que recorrerlo. Desde el principio hasta el final. Para ello es que hace falta la perseverancia, la constancia, la persistencia. Esa cualidad del buldog de morder el hueso y no soltarlo hasta no haberlo triturado. El estar en el buen camino, o en un buen camino, no sirve de mucho si no se llega nunca a la meta porque cambiamos de meta a cada rato.

En teoría y en principio hay muchos de estos “buenos caminos” para recorrer y cada uno de ellos puede conducir a un objetivo que consideramos valioso o deseable. El problema se presenta cuando tenemos que admitir que es imposible recorrerlos a todos en el lapso de una sola vida por lo cual, forzosamente, en algún momento tenemos que tomar la decisión de optar. Y, como todos ustedes saben, cualquier opción casi siempre implica exclusiones.

Por ejemplo, cuando optamos por una profesión inevitablemente desechamos todas las demás profesiones por las cuales, al menos en principio, podríamos haber optado también. Si decidimos ser carpinteros habremos desechado ser mecánicos, marmoleros y electricistas. Si optamos por la medicina habremos excluido la agronomía, las ciencias exactas, el Derecho y todas las demás carreras no comprendidas por la medicina. Lo verdaderamente serio – y a veces hasta dramático – es que, a medida en que vamos tomando decisiones y eligiendo opciones a lo largo de la vida, las posibilidades se van estrechando y reduciendo. Por eso, las primeras decisiones son casi siempre las más importantes de la vida y es realmente una lástima que nuestra cultura actual nos prepare tan pobremente para tomarlas.

Uno de los errores más tremendos y funestos a los que nos ha conducido el igualitarismo es el de hacernos creer que todas las opciones están disponibles para todo el mundo; que, en principio, cualquiera puede (o debería poder) ser o hacer cualquier cosa. En esto lo que se confunde – por regla en virtud de una demagogia tan grosera como perversa – es que una cosa es que ciertos oficios, actividades o posiciones estén **acaparados** por un sector social y, por lo tanto, **prohibidos** – de hecho o *de jure* – a todos los demás; y otra cosa muy distinta es afirmar que, puesto que todas las alternativas están permitidas, cualquiera puede optar por la que se le dé la gana.

Por de pronto, es mentira que todas las opciones pueden estar permitidas. Aunque más no sea porque no hay civilización ni cultura que no prohíba aquellas que le hacen daño o que, al menos, no desaliente aquellas que considera peligrosas para el organismo social. Somos animales sociales y tomamos nuestras decisiones dentro de un contexto social; y en ese contexto social siempre habrá opciones consideradas lícitas o ilícitas – sea cual fuere ahora el criterio utilizado para juzgar o establecer lo lícito.

Pero, además de eso, también es mentira que – aún dentro de lo lícito – cualquiera puede optar por cualquier objetivo de vida. Y es mentira porque hay algo llamado talento, vocación, predisposición natural, o como se lo quiera llamar, que, ya sea de una forma o de otra, le pone límites a lo que podemos llegar a ser o hacer.

Es cierto que la enorme mayoría de las personas, ajustándose a la disciplina correspondiente, puede llegar a tocar el piano. Es muy posible que, digamos, el 85% de nosotros podría llegar a tocar el *"Para Elisa"* de Beethoven pasablemente bien. Pero quien crea que, tecleando más o menos decentemente el *"Para Elisa"*, ya es un pianista que interpreta a Beethoven no hace más que engañarse a si mismo y no tardará mucho en darse cuenta del engaño. Le bastará con intentar el primer movimiento del concierto N° 5 para darse cuenta de todo lo que le falta. Y en cuanto pruebe con el N° 3 de Rachmaninoff seguramente se encontrará con toda una serie de decisiones a tomar considerando los límites personales de cada uno. Lo cual nos conduce a algo que, en realidad, todos sabemos: es posible que, estadísticamente hablando, todos podemos llegar a tocar el piano. Pero no todos podemos ser pianistas. Y a quienes no podemos, si porfiamos en el intento, lo más probable es que nos pase lo que a aquella joven de buena familia burguesa que trató de impresionar a Chopin ejecutando su *"Vals del Minuto"* y, cuando terminó, el Maestro, con su mejor sonrisa y con toda amabilidad, le agradeció el delicioso cuarto de hora que le había hecho pasar…

Lo que se desprende de lo anterior es importante a la hora de evaluar el valor de la perseverancia. El que persevera en un objetivo para el cual no tiene talento ni aptitud se arriesga a hacer papelones y a pasarse la vida persiguiendo un sueño que, al menos para él, resultará imposible realizar. No confundamos perseverancia con terquedad, o con obstinación. No dar el brazo a torcer y no claudicar ante el primer obstáculo es una virtud. Chocar constantemente contra una pared y terminar rompiéndose la cabeza contra ella es, como mínimo, una reverenda tontería.

El secreto de la diferencia reside en la virtud de la veracidad aplicada a uno mismo. O bien y dicho en otras palabras: en el ser sinceros con nosotros mismos en primer lugar. En algún punto de nuestras vidas tenemos que ser honestos frente a nuestra propia conciencia y admitir que tenemos aptitud para ciertas cosas y no la tenemos para varias otras. Por lo cual, nunca **todas** las opciones estarán abiertas.

¿Hará falta repetir aquello de San Martín que decía: *"serás lo que debes ser o sino no serás nada"* ?

Y tampoco caigamos en el error de creer que, siempre y necesariamente, todo es una cuestión de gustos. No siempre e infaliblemente tenemos también talento

para lo que nos gusta. Sin bien en la generalidad de los casos las inclinaciones o preferencias personales están de algún modo relacionadas con nuestros talentos, esto no siempre ni necesariamente es así.

El anterior ejemplo del piano y el pianista no lo elegí al azar. En nuestra sociedad actual, por ejemplo, los medios masivos de difusión distorsionan – a veces groseramente – los objetivos que se les presentan a los jóvenes. Una enorme cantidad de ellos siente inclinación hacia la música pero, una vez analizada en profundidad, la atracción no queda dada tanto por el arte en si sino por la fama, la notoriedad, la aceptación y el dinero que rodean como un aura mágica a las publicitadas figuras del rock. De esta forma, un joven al que simplemente "le gusta" la música – pero que muy bien puede haber nacido con el proverbial toscano en la oreja, o con un racimo de estalactitas en lugar de dedos – sueña con ser el primer guitarra de una banda de fama mundial. La triste verdad es que la enorme mayoría de estos jóvenes pierde deplorablemente el tiempo poniéndose la música como objetivo. Buena parte de ellos termina recorriendo la dura disciplina del arte recién después de haber alcanzado cierta notoriedad y la enorme mayoría termina abandonando a mitad o a un tercio del camino. Y lo mismo, o algo muy parecido, sucede también en otros ámbitos como el deporte, la moda, el periodismo y hasta disciplinas más estrictas como la economía, la administración de empresas, las relaciones públicas y otras. Vivimos mintiéndole descaradamente a la juventud vendiéndole el cuento ése de "es fácil" y el de "cualquiera puede" para que después algunos se escandalicen de la fenomenal desorientación que padecen muchos de nuestros jóvenes.

Dejemos de mentirles y verán como la desorientación se esfuma poco a poco. Nuestra juventud no es ni indiferente, ni perversa, ni viciosa, ni abúlica. Simplemente está intoxicada y saturada de toda la sarta de mentiras que nosotros, los adultos, le hemos estado haciendo tragar durante por lo menos los últimos 30 años.

Por eso es que hoy, desgraciadamente, resulta muy frecuente que la primera decisión de un joven no sea su mejor opción. Con lo cual es forzoso – porque no queda más remedio – admitir cierto grado de flexibilidad en la perseverancia. Es, y seguirá siendo, cierto que cambiar constantemente de objetivo no conduce a ninguna parte. Pero no por ello deja de ser cierto también que perseguir el objetivo equivocado es una de las formas más infalibles de arruinarse la vida.

Lo que hay que comprender en esto – y a lo que vale la pena apostar – es que la excelencia siempre, de una forma u otra, termina destacándose e imponiéndose. En términos generales, no importa lo que hagamos. Lo que importa es que seamos realmente buenos en lo que hacemos. No necesaria ni forzosamente tenemos que ser los mejores del mundo; aún cuando hasta a eso se puede aspirar si se posee un talento excepcional y se lo invierte con disciplina y con

perseverancia. Pero, de cualquier manera que sea, lo verdaderamente importante no es ser músico, médico, electricista, abogado o albañil. Lo realmente importante es ser un buen músico, buen médico, buen electricista, buen abogado o buen albañil.

Y eso se logra únicamente con perseverancia. Recorriendo el camino de la disciplina desde el principio hasta el final. Sin atajos y sin trampas. Venciendo obstáculos con esfuerzo y constancia. Explotando al máximo nuestros talentos y nuestras verdaderas aptitudes. Créanme: no hay otro camino. Quien les diga lo contrario, miente. Existirán los genios natos que avanzan "saltando" por encima de los obstáculos con envidiable facilidad. Pero hasta los genios tienen que recorrer su camino y hasta un brillante investigador como René Favaloro solía decir que los logros se obtienen con un 10% de inspiración y un 90% de transpiración.

Y si es por el dinero, la fama o el prestigio, mi humilde recomendación es que, si llegan a ser realmente buenos en lo que hacen, no tendrán tampoco motivos para preocuparse demasiado. Conozco a más de un buen mecánico que gana el triple de lo que cobra un abogado mediocre y hasta podría contar la historia del electricista de una muy importante empresa que tenía más prestigio y respeto que el imbécil del Jefe de Fábrica – todo un ingeniero él – a quien todavía le costaba entender que era suficiente con intercambiar dos cables para invertir el sentido de giro de un motor trifásico.

Está bien: concedido. Ése fue un caso extremo, digno de figurar en el Ginnes o, por lo menos, en el "créalo o no" de Ripley. Pero el *status* inmerecido es un enorme trampolín del cual quienes se tiran muy pronto descubren que la pileta en la cual habrán de caer no tiene agua.

Trabajo

La recompensa al trabajo bien hecho
es la oportunidad de hacer
más trabajo bien hecho.
Jonas E. Salk

El trabajo es un título natural
para la propiedad del fruto del mismo,
y la legislación que no respete ese principio
es intrínsecamente injusta.
Jaime Balmes

Trabaja en algo, para que el diablo
te encuentre siempre ocupado.
San Jerónimo

Soy un gran creyente en la suerte;
pero he descubierto que,
mientras más duro trabajo,
más suerte tengo.
Stephen Leacock

Existe por allí un muy viejo aforismo socialista que dice: *"toda persona tiene la obligación de producir por lo menos el equivalente de lo que consume"*.

Siempre me pareció un buen aforismo aunque concedo que, en la práctica, su aplicación presenta toda una serie de dificultades porque, con frecuencia, se hace condenadamente difícil establecer esa equivalencia; así como hay muchas formas de producir y también muchos y muy diferentes productos. Decididamente: no es fácil llevar el aforismo al mundo real. Pero, aún con todos sus bemoles, no deja de ser un excelente principio porque, en lo esencial, lo que nos está diciendo es tan sólo que nadie tiene el derecho a ser un parásito.

En principio, y en un sentido estricto, el trabajo comprende la actividad mediante la cual una persona provee a su propio sustento y al de los suyos. En

otras palabras, desde el Paraíso Terrenal para acá, el trabajo es lo que nos permite sostener y mantener a una familia.

Lo que sucede es que esta concepción del trabajo, con ser cierta, resulta demasiado estrecha; sobre todo si consideramos la enorme complejidad de las estructuras socioeconómicas del mundo en el que hoy vivimos.

Por ejemplo, si analizamos el trabajo desde una perspectiva socioeconómica, la conclusión sorprendente es que, en realidad, nunca – o casi nunca – trabajamos para nosotros mismos sino para los demás. Hagan una cosa: siéntense en cualquier habitación y observen bien lo que vean a su alrededor. Una vez que lo han observado todo, háganse tan sólo las siguientes dos preguntas:

1)- ¿Cuántas de las cosas que ven han sido hechas por ustedes mismos?

2)- ¿Cuántas personas intervinieron para producir cada una de las cosas que ven?

Si hacen el ejercicio a conciencia, les garantizo que se sorprenderán del resultado. De hecho, lo más probable es que nunca llegarán a hacer la lista completa.

¿No me lo creen? Hagamos un ejercicio con un caso simple: tomemos la cortina de la ventana. Y hasta les voy a dar una ventaja: voy a suponer que esa cortina fue hecha y colocada por alguno de ustedes. Bien: tenemos al que hizo esa cortina. Pero ¿quién tejió la tela?; ¿cuántos trabajaron en la hilandería que fabricó el hilado?; ¿cuántos intervinieron en el teñido y el estampado?. Si el hilado es natural, ¿quién sembró el algodón?; ¿quién lo cosechó?; ¿quién lo transportó hasta la hilandería?. Y si el hilado es sintético: ¿quién hizo la mezcla química?; ¿quién supervisó el proceso?; ¿quién construyó la máquina que convirtió al compuesto químico en hilado?; ¿quién empaquetó el ovillo?

Y voy a parar aquí porque no quiero cansarlos, pero podría seguir preguntando por quién construyó la caja de cartón en la que se empaquetaron los ovillos; quién fabricó el camión en el que esas cajas se transportaron hasta la tejeduría y hasta podría preguntar quién construyó y mantuvo el camino por el cual circuló ese camión. A veces resulta casi increíble, pero hasta para una cosa tan sencilla como la cortina de una ventana interviene el trabajo organizado y coordinado de quizás decenas de miles de personas y centenares de oficios diferentes. Una vez, con un amigo nos propusimos hacer la lista de todo lo que hace falta para que cualquiera de nosotros pueda viajar en colectivo. Tuvimos que abandonar. La lista se hacía tan larga y se complicaba tanto que en poco tiempo se volvió imposible de manejar.

¿Qué demuestra esto? En realidad, algo muy simple: que no sólo vivimos trabajando para los demás sino también consumiendo el trabajo de los demás.

Los tiempos del artesano que hacía sus propias herramientas, que se conseguía su materia prima, y que realizaba íntegramente el objeto de su oficio han pasado para siempre. Y aún en relación con este artesano, si lo miramos bien, pronto descubriríamos que trabajaba para quienes lo rodeaban porque no guardaba las cosas para si mismo sino que proveía de ellas a los miembros de su comunidad.

En las sociedades contemporáneas este fenómeno se encuentra multiplicado en forma exponencial. El trabajo de cada uno se interrelaciona con, y depende de, muchos otros trabajos realizados por un sinnúmero de otras personas. Lo concreto es que no trabajamos para nosotros mismos, aún cuando lo hagamos para proveer a nuestro sustento y al de nuestra familia, o al de las personas que, por una razón u otra, dependen de nosotros. Lo concreto es que en nuestra globalizada sociedad postmoderna a lo que hemos llegado es a que todos dependan de todos los demás, y esto – entre varias otras cosas – hace que la organización social sea infinitamente más delicada, compleja y sensible de lo que la mayoría de la gente se imagina siquiera.

Todo lo anterior no invalida el concepto básico del trabajo como actividad orientada a cubrir nuestras propias necesidades. Más bien todo lo contrario, le otorga una importancia todavía mayor desde el momento en que, por lo que llevamos visto, las personas que de una forma u otra dependen de nuestro trabajo son muchas más que las que forman el núcleo de nuestras responsabilidades inmediatas. Al ámbito personal del trabajo se le agrega un ámbito social o bien, dicho de otra manera: la esfera del trabajo personal se halla insertada en una esfera social que la trasciende.

Por otra parte, el concepto del trabajo hasta va más allá del criterio de producción económica. Como virtud y valor el acento está más en lo que podríamos llamar “laboriosidad”, u “ocupación”. Si me permiten ustedes el juego de palabras, diría que es lo que hace que sea preferible estar ocupado en la solución a un problema al estar preocupado por la existencia del problema en si. Este concepto amplio del trabajo puede llegar a ser importante porque incluye muchas actividades que el criterio economicista deja afuera. Por ejemplo, es relativamente frecuente que a una persona joven se le haga la pregunta: *“Usted ¿estudia o trabaja?”*. Más de una vez, en mi juventud, cometí la desfachatez de repreguntar: *“¿Por qué? ¿Acaso el estudio es juerga?”*. (Está bien; lo confieso: no usé en su momento la palabra “juerga”; pero obviemos los vulgarismos folklóricos argentinos por ahora). Cualquiera que haya estudiado medianamente en serio sabe que estudiar no significa estar de farra las veinticuatro horas del día. Requiere, como cualquier otra ocupación, una buena dosis de dedicación, esfuerzo, disciplina y perseverancia. En lo esencial, el estudio, el arte, la filosofía, la teología, y todo un montón de otras actividades no demasiado económicamente redituables constituyen una “ocupación” – una “labor” – como cualquier otro oficio cotizable en el mercado laboral. Trabajo, en un sentido

amplio y profundo, es toda actividad concreta realizada tendiente a lograr un objetivo. Es el 90% de transpiración del que hablaba Favaloro y que se necesita para alcanzar cualquier logro.

En consecuencia, el concepto de "trabajador" abarca de hecho muchas más profesiones, oficios y ocupaciones que los que le adjudica una visión estrecha, mezquina y bastante tendenciosa de la laboriosidad. No sólo el obrero industrial trabaja. No sólo el empleado administrativo proletarizado trabaja. Trabajan también el supervisor, el capataz, el gerente y el director. Y trabaja también el artista, el diseñador, el investigador, el filósofo que busca honestamente la explicación a muchas cosas, el sacerdote de vocación que atiende y sirve a su feligresía con dedicación y cariño. Trabajan todos los que tienen un objetivo en la vida y realizan disciplinadamente una actividad constante para lograrlo. El divisionismo clasista nos ha quitado gran parte de la perspectiva en esto. Todos los que obran con disciplina y perseverancia en pos de alcanzar un objetivo concreto, definido y valioso, son, en realidad y en sentido estricto, obreros.

Y, por favor, no me vengan ahora con el argumento ése de que, con este criterio, hasta los ladrones y los asaltantes trabajan. Porque no es el punto. Aparte del hecho de que muchos delincuentes al final terminan trabajando más de lo que trabajarían si fuesen honrados, de lo que se trata aquí es de lo inútil y contraproducente que resulta dividir, clasificar y jerarquizar distintos tipos o estilos de trabajo tan sólo por su valor socioeconómico. Muy en el fondo, como decía Boris Pasternak, en el trabajo no se realiza tan sólo lo que uno se imagina sino que se descubre lo que uno tiene dentro.

Pero, incluso manteniéndonos dentro del ámbito del trabajo convertible en dinero en el mercado laboral, en infinidad de casos se pasa por alto – en forma implícita o explícita – que cualquier producción requiere la concurrencia de, por lo menos, 8 tipos de trabajo bastante diferentes.

1. El diseño, la creación o el invento de lo que se va a producir.
2. La planificación detallada de cómo y con qué se ha de producir lo diseñado.
3. La provisión, organización y disposición de las estructuras y los medios necesarios para concretar esa producción.
4. La dirección de la producción que establece quien, cuando, cómo, dónde y qué debe producir, siendo esto especialmente importante en aquellos productos complejos, con partes producidas por separado, que luego se ensamblan.
5. La supervisión del proceso para garantizar que lo planificado y programado efectivamente se cumple, superando imprevistos y corrigiendo errores de ser necesario.
6. La ejecución concreta de la producción, con todas sus distintas partes componentes.

7. La distribución y comercialización de la producción para que lo producido llegue efectivamente a quienes lo necesitan.
8. La administración general de todo el proceso para gestionar los recursos y monitorear los índices de eficacia y eficiencia.

Quiten ustedes un solo paso de esta secuencia y cualquier producción, en cualquier parte del mundo, se volverá totalmente imposible. En consecuencia, no se extrañen si, pensándolo hasta el final, llegan a la conclusión de que también el trabajo incluye jerarquías y disciplina laboral.

Por supuesto que es así.

Sólo los demagogos irresponsables trabajan para hacernos creer lo contrario.

Libertad

La libertad no consiste en hacer lo que se quiere,
sino en hacer lo que se debe.
Ramon de Campoamor

No busquemos solemnes definiciones de la libertad.
Ella es sólo esto: Responsabilidad.
George Bernard Shaw

Solamente la libertad que se somete a la Verdad
conduce a la persona humana a su verdadero bien.
Juan Pablo II

Gracias a la libertad de expresión hoy ya es posible decir
que un gobernante es un inútil sin que nos pase nada.
Al gobernante tampoco.
Jaime Perich

En el Zarathustra, Nietzsche, con una de esas sorprendentes precisiones que cada tanto surgían de su pluma, señala que hay una gran diferencia entre ser libre "**de**" algo y ser libre "**para**" algo. Si me pregunto "¿de qué soy libre?" estoy tan sólo preguntando por mis impedimentos. En cambio, si me pregunto "¿para qué soy libre"? por lo que estoy preguntando es por mis posibilidades y oportunidades. La diferencia, como pueden ver, es enorme.

Hay algo que histórica, antropológica, psicológica y hasta arqueológicamente resulta indiscutible: los seres humanos somos animales sociales. Ya los seres del género *Homo* más primitivos que considera la ciencia, los seres de hace decenas de miles y quizás hasta de millones de años atrás, vivían en grupos. No tenemos conocimiento de una sola cultura, una sola civilización, que haya estado constituida por individuos aislados. Pensándolo tan sólo un poco, una sociedad de anacoretas sería hasta biológicamente imposible.

Los ermitaños y eremitas han sido siempre y en todas partes fenómenos excepcionales, marginales, muy alejados de la media promedio estadística de la especie. El hombre solitario en la isla desierta – esa alegoría tan cara a algunos

pensadores del Siglo XIX – es una abstracción intelectual artificial. El "noble salvaje" de Rousseau es un personaje que podrá tener muchas virtudes pero, míreselo como se quiera, posee un pequeño e insalvable defecto: no existió jamás.

Por consiguiente, si a la libertad hemos de entenderla en términos sociopolíticos absolutos, la conclusión a la que nos obligan por lo menos 10.000 años de Historia conocida es que dicha libertad no pasa de ser una entelequia sin correlato alguno con ninguna civilización ni cultura. Si a la libertad la queremos concebir en términos de "libres de…" – libres de coerción, libres de opresión, libres de explotación, libres de dependencias, etc. – a lo máximo que podemos aspirar es a una gradación razonable y justificada de precisamente **la restricción**, o **limitación**, de una libertad total. En términos sociopolíticos la libertad absoluta simplemente no existe. Y no existe porque no puede existir. Resulta total y completamente imposible construir, no ya toda una sociedad, sino hasta la comunidad humana más elemental sobre la libertad absoluta de todos y cada uno de sus miembros.

El error de enfoque que cometen todos los que exageran las posibilidades concretas de la libertad sociopolítica – y el sayo les cabe por igual y sin excepción a todas las doctrinas políticas que hemos heredado del Siglo XIX – es el de suponer que en la sociedad hay siempre sólo una instancia de mando: el Estado; y también sólo una instancia de obediencia: el Pueblo, la sociedad; es decir, todos los demás. Según este esquema mental, el Estado (o quien lo ocupa) manda y todo el resto obedece, estableciéndose así toda una serie de tensiones y de intenciones contrapuestas en esa relación dialéctica tan cara a los marxistas, de las cuales surge luego la controversia acerca de temas tales como por qué mandan los que mandan, por qué obedecen quienes son mandados, quién confiere autoridad a quienes mandan, hasta qué ámbitos y hasta qué punto se extiende dicha autoridad, y toda una serie bastante larga de cuestiones relacionadas cuya sola enumeración llevaría unas cuantas páginas.

Lo que sucede es que el esquema está falseado de entrada y, por supuesto, con ello toda la discusión subsiguiente entra muy pronto en el terreno de las abstracciones puras, cuando no en el de la irracionalidad utópica inviable en la práctica. Y el esquema es incorrecto principalmente porque es parcial. Una sociedad civilizada de seres humanos no es jamás tan infantilmente simple como lo supusieron las teorías sociopolíticas surgidas hace ya más de 150 años y que seguimos arrastrando con mayores o menores intentos de "aggiornamento", pretendiendo gobernar con ellas las sociedades del Siglo XXI.

La verdad es que en toda sociedad de cierto nivel de complejidad una enorme cantidad de personas manda y obedece al mismo tiempo. Hasta en las relativamente sencillas sociedades tribales de algunos centenares de miembros se

puede observar cómo el cacique puede mandar – y de hecho manda – en determinadas circunstancias. Pero sólo en determinadas circunstancias; porque en otras obedece fielmente las indicaciones del brujo de la tribu. Y los ancianos, que obedecen en ciertos aspectos, se reúnen luego en Consejo y toman decisiones que después la comunidad entera obedece.

En nuestras sociedades postmodernas el cuadro no es tan diferente como muchas veces se supone. Cuando el médico le diagnostica una enfermedad al mecánico y le receta un medicamento, el mecánico obedece: va a la farmacia, compra el medicamento y se somete al tratamiento. Pero cuando el auto del médico se descompone, es el mecánico el que establece la falla, repara el desperfecto y le indica al médico cómo debe manejar para no volver a romper la misma pieza. Y ahora es el médico el que obedece al mecánico.

Los ejemplos podrían multiplicarse por docenas. El director de la empresa toma decisiones y manda en su empresa, pero en la calle tendrá que obedecer las indicaciones del policía que dirige el tránsito. A su vez, el policía mandará en la calle pero tendrá que obedecer al comisario que es su superior jerárquico. El comisario mandará al cabo, pero obedecerá al juez. El juez dictará sentencia y mandará al reo a la cárcel pero obedecerá las leyes sancionadas por el legislador. El legislador sancionará leyes, pero el día en que le duela una muela hará bien en seguir las indicaciones de su odontólogo. El odontólogo podrá ser eventualmente un mandón en el consultorio pero, en su casa, quizás la que manda es su mujer…

¿Para qué seguir? Es obvio que se podría llenar páginas y más páginas con ejemplos para ilustrar cómo, incluso en las sociedades más libres que uno quiera imaginar, al final resulta que, de un modo u otro, todos terminamos mandando y obedeciendo simultáneamente.

Sin embargo, el panorama cambia por completo si dejamos de considerar a la libertad como un derecho, o como un privilegio que nos "libera de" una sujeción o dependencia, y pasamos a considerarla como un **poder** que nos habilita **para** acceder a determinadas opciones, posibilidades u oportunidades.

Quizás sorprenda a algunos pero con este criterio el orden social, en lugar de disminuir las libertades individuales como lo presuponía el enfoque anterior, por el contrario las **aumenta**. Y lo hace por una razón muy sencilla: la asociación multiplica las posibilidades del individuo aislado. Por consiguiente, al aumentar las posibilidades, aumentan también las opciones y alternativas disponibles. Con lo que, al final de la historia, tenemos que el individuo en sociedad es **más** libre que el individuo aislado porque tiene más oportunidades **para** elegir su alternativa entre un abanico de opciones mucho más amplio que el que tendría en una isla desierta y librado a sus propias fuerzas.

Aquí aparece lo que en alguna oportunidad se me antojó llamar la "Paradoja de Crusoe".

Robinson Crusoe – esa versión tan típicamente británica del "hombre-solo-en-una-isla-desierta" – era **menos** libre que cualquiera de sus contemporáneos europeos. Ese personaje de ficción, solitario, perdido en una isla deshabitada, con sólo un sirviente nativo a su disposición (un gentleman inglés sin al menos un sirviente nativo es inimaginable hasta en una novela), tenía **menos** posibilidades de opción y de acción que cualquier habitante de Londres, Amsterdam, París, Berlín o Roma de la misma época. Podía tirarse a dormir dónde le diera la gana, pero a la intemperie, expuesto a lluvias y hasta a hormigas. Podía tener una vivienda; pero se la tenía que construir él mismo y sin clavos, sin herrajes, sin cortinas y sin vidrios. Imagínense tan sólo el problema que les representaría en una isla desierta una cosa tan simple como la bisagra de la puerta. Y no se olviden de que tendrían que talar un árbol – sin herramientas sofisticadas – para conseguir la madera de esa puerta. En fin, Robinson Crusoe podía navegar, pero a condición de fabricarse una embarcación sin poder siquiera soñar con tener bronces, velámenes, barnices o maderas que no proveyesen los árboles de su isla solitaria.

La figura de Robinson Crusoe puede parecer muy románticamente libre para algunos espíritus soñadores, pero lo concreto es que el hombre podría haber muerto en apenas un par de días a consecuencia de una vulgar apendicitis. Mírenlo como quieran, denle las vueltas que quieran: Crusoe difícilmente haya sido más libre que cualquiera de nosotros.

Teniendo en claro lo anterior se nos hace posible entender y precisar la libertad concebida en términos de autarquía o independencia.

Somos libres en la medida en que tenemos reales alternativas de opción pudiendo concretamente elegir alguna de ellas. El ejemplo que muchas veces he usado para ilustrar el punto es: si mi cultura no ha desarrollado el avión, ¿de qué me sirve que nadie me prohíba volar? No tendré la libertad de volar aunque nadie me lo impida. Pero, también y recíprocamente, si mi cultura dispone de aviones pero las compañías aéreas cobran por el pasaje una suma que sencillamente no puedo pagar, otra vez estoy en la misma. Tampoco en ese caso tengo la real y concreta libertad de volar aunque nadie me lo prohíba, e incluso aunque haya por allí algún artículo de la Constitución que taxativamente me otorgue el derecho a volar cuando se me dé la gana.

En resumen: la libertad no es un derecho que se garantiza ni un permiso que se concede. Es un **poder** que se ejerce. Soy libre **para** hacer o ser algo en la medida en que efectivamente **puedo** hacerlo o serlo. Lo demás es literatura.

Ahora bien, las opciones y las alternativas que brinda una sociedad no descienden sobre la misma desde las nubes. Se construyen. Y sus constructores son los propios miembros de esa sociedad. Hoy tenemos la posibilidad de volar, no por un gracioso regalo de los dioses del Olimpo, sino gracias al esfuerzo, al trabajo y al talento de hombres como Otto von Lilienthal y los hermanos Wright – entre muchísimos otros. Tenemos la posibilidad de curar muchas enfermedades gracias a hombres como Pasteur, Koch, Salk, Favaloro y tantos otros. Tenemos la posibilidad de disponer de energía eléctrica gracias a Gilbert, Otto von Guericke Volta, Faraday, Ampere, Edison y muchos más. Nuestras posibilidades actuales son simplemente objetivos logrados por nuestros antepasados.

Dicho sea de paso, aunque más no sea por ello creo que merecerían un respeto y una gratitud mucho mayor que la que actualmente les estamos dando.

Lo realmente hermoso es que – quizás en una escala menor a la de los grandes inventores, innovadores, creadores y descubridores – todos nosotros, en la persecución de nuestros objetivos y en la medida de nuestras capacidades, podemos contribuir a este proceso. Si realizamos un trabajo útil, a conciencia y bien hecho, directa o indirectamente podemos estar contribuyendo a la disponibilidad de mayores y mejores opciones para los demás y para las generaciones que nos sigan.

Y esto no necesariamente significa consolarse con logros de menor cuantía. Por un lado es absolutamente demostrable que la enorme mayoría de los grandes inventos y descubrimientos terminó resultando posible gracias a pequeñas innovaciones o mejoras que en si mismas quizás parecieron modestas pero sin las cuales el gran logro hubiera sido prácticamente imposible. El motor a explosión no hubiera aparecido de no haberse inventado antes dispositivos al parecer tan modestos como el cigüeñal, el engranaje o la polea. Y, por el otro lado, Dante Allighieri tendrá, indiscutiblemente, el mérito de haber escrito la Divina Comedia; pero muchas veces me he preguntado si la hubiera podido escribir grabándola sobre tabletas de arcilla como hacían los sumerios. Convengamos en que sin papel ni tinta hubiera sido un poco más difícil. Y además, ¿quién le lavaba la ropa a Dante?, ¿quién le cocinaba la comida?, ¿quién lo cuidó cuando estaba enfermo? La persona que le llenaba el tintero con tinta, ¿no contribuyó acaso de alguna manera a la Divina Comedia? ¿No es acaso un poco injusto que no conozcamos los nombres de todos los que, de alguna forma, contribuyeron a hacer posible esa magnífica obra de arte?

Es muy posible que lo sea. Es muy posible que la fama y la justicia transiten por carriles diferentes a veces. Pero, de cualquier manera, lo cierto es que todos contribuimos – o al menos podemos contribuir – al aumento de las opciones disponibles y, con ello, al aumento de nuestros grados reales de libertad.

Y lo mejor de todo es que, **en esa medida** y considerando todo lo que llevamos dicho, podemos ser independientes. Porque, en este sentido, ser independiente ya no significa poder prescindir por completo de los demás. Ya hemos visto que eso es imposible hasta en las comunidades más pequeñas. Ser independiente, desde este punto de vista, significa sencillamente no ser **una carga** para los demás. Significa no vivir a costilla de los otros, parasitando el trabajo ajeno sin dar absolutamente nada a cambio.

Es cierto que la independencia concretamente posible en una sociedad compleja como la nuestra es limitada si hemos de considerarla en términos absolutos. Hasta el profesional más "independiente" o *free lance* trabaja para uno o varios clientes y depende tanto del trabajo que pueda conseguir de ellos como de lo que éstos le pagan por sus servicios. Y créanme, puedo decirlo por experiencia en carne propia: un cliente histérico que no sabe lo que quiere puede llegar a ser diez veces más insoportable que el más inaguantable de los empleadores.

De modo que la cuestión no es ser independiente o empleado en relación de dependencia. Todos estamos, de un modo o de otro, en "relación de dependencia" y esa independencia con la que a veces sueñan los empleados es, en buena medida, pura ilusión. No es cierto que, siendo un profesional independiente, uno se organiza la vida como le place, trabaja cuando quiere y la cantidad de horas que quiere, o se toma vacaciones cuando quiere. Todo eso es pura fantasía. Los clientes te citan a horas determinadas; quieren el trabajo en plazos perentorios a veces casi imposibles de cumplir; en medio del trabajo te cambian los requerimientos veinte veces; te pagan cuando se les ocurre y, si no estás ahí cuando surge la necesidad, pues le dan el trabajo a otro y para cuando volviste de vacaciones hay un cliente menos en tu cartera. La independencia, tal como se la imaginan algunos, no es más que una expresión de deseos que la realidad muy pronto se encarga de destruir.

Pero, así y todo, a pesar de todo, existe una independencia posible y real. Es la de la persona que conoce a fondo su oficio o profesión; que es realmente buena en lo que hace y la que, por eso, tiene ganado un sólido prestigio. Una persona así siempre tendrá trabajo. Por supuesto: tendrá altibajos; crisis y momentos de mayor bonanza. No hay nada en el mundo que efectivamente garantice una vida sin sobresaltos. Pero alguien que es bueno en lo que hace siempre podrá proveer a sus necesidades sin ser un lastre para quienes lo rodean.

Porque la excelencia otorga independencia y permite tener lo propio por esfuerzo propio.

No podemos ser libres e independientes violentando nuestra propia naturaleza de animales sociales, ni transgrediendo las normas que posibilitan en absoluto la convivencia social. Pero podemos serlo respetando esos factores y construyendo

nuestras propias vidas, persiguiendo nuestros propios objetivos personales, sin depender de la limosna ajena, y sin robar trabajo ajeno para sobrevivir.

La libertad no es un derecho que se reclama o se exige. En el fondo, ni siquiera tiene mucho sentido tratar de garantizarla por ley. La libertad es un poder que no se regala.

Como decía Goethe: sólo es digno de libertad quien sabe conquistarla cada día.

Valentía

La excelencia moral es resultado del hábito.
Nos volvemos justos realizando actos de justicia;
templados, realizando actos de templanza;
valientes, realizando actos de valentía.
Aristóteles

Es preciso saber lo que se quiere;
cuando se quiere, hay que tener el valor de decirlo,
y cuando se dice, es menester tener el coraje de realizarlo.
Georges Clemenceau

La valentía no se puede simular:
es una virtud que escapa a la hipocresía.
Napoleón Bonaparte

La valentía es como un paraguas.
Nos falta cuando más lo necesitamos.
Fernandel

En algún momento, todos tenemos miedo. En algún instante de la vida todos tenemos que tomar decisiones en un marco de incertidumbre. La valentía es justamente la capacidad de vencer miedos e incertidumbres en la persecución de un objetivo.

Hay varias precisiones que conviene hacer en relación con la valentía. Por de pronto, lo más obvio: la persona valiente no es la que no tiene temor. Cualquier persona normal tiene sus temores y sus miedos. Incluso existen miedos ancestrales que actúan de un modo muy similar al instinto y que hacen que nuestra primera reacción sea la de abstenernos, o la de dar un paso atrás, o la de huir de alguna forma. Hay muchas personas que se sienten terriblemente incómodas en la oscuridad; otras tienen una fobia casi insuperable a los reptiles o a las arañas; otras no toleran las grandes alturas ni los precipicios; muchos le tienen un miedo atroz a los incendios o a las inundaciones. Algunas de estas reacciones tienen explicación biológica (por ejemplo el vértigo); otras son atavismos propios de la especie (por ejemplo el temor a ciertos animales); otros aparecen por complejos mecanismos psicológicos. El origen y la posible causa de nuestros miedos es múltiple y variado. Las personas incapaces de sentir temor no son valientes; son temerarias.

Y estas personas pueden llegar a ser bastante peligrosas, tanto para si mismos como para los demás.

Por otra parte, en una cantidad nada despreciable de casos se confunde el miedo con nuestra natural reacción frente a lo desconocido. Y eso no es miedo: es simplemente prudencia. Cuando súbitamente nos topamos con algo que no conocemos y que no tiene un aspecto demasiado amigable o seguro, nuestro instinto de conservación entra automáticamente a funcionar y, como mínimo, nos pone a la defensiva.

En otro orden de cosas, lo que algunos llaman valentía no es más que puro acostumbramiento. Pongan una viga sobre el piso y caminen sobre ella. Quizás les cueste un poco mantener el equilibrio pero seguramente no sentirán miedo alguno. Ahora levanten la viga a, digamos, un metro de altura y ya será diferente. Levántenla a cuatro metros y probablemente ya no se animarán a caminar sobre ella. Pónganla en una obra en construcción al nivel del piso 50 y no pisarían esa viga por nada del mundo.

Sin embargo, entre quienes trabajan en la construcción hay algunos que caminan sobre esas vigas todos los días. Esas personas ¿son más valientes que cualquiera de nosotros? No necesariamente. Es tan sólo que están acostumbradas. Si ustedes caminaran todos los días sobre esa viga y la elevaran progresivamente todos los días algunos centímetros, en un par de meses o años muy probablemente terminarían paseando por ella en un piso 50 como la cosa más natural del mundo. La primera vez que manejamos en el tránsito infernal de una gran ciudad nos sentimos tan inseguros que pagaríamos por tener ojos hasta en la nuca. Diez años después podemos llegar a tomar con calma el atolladero más fenomenal. Posiblemente vociferemos las palabrotas propias del folklore vial en alguna que otra oportunidad; pero el temor habrá desaparecido.

De hecho, como lo sabe cualquier especialista en seguridad en el trabajo, el acostumbramiento, el hábito, lleva a muchísimas personas a adoptar actitudes que no son valientes sino directamente temerarias y hasta irresponsables. Es muy frecuente que, después de varios años de oficio, el obrero piense que el casco, el arnés y la línea de vida son, en realidad, “cosas de maricones”. Las estadísticas de accidentes del trabajo y hasta de enfermedades profesionales están repletas de esta clase de situaciones y actitudes.

La primer reacción natural y normal ente el peligro es huir. No es algo que halague demasiado a nuestra autoestima pero es lo que nos dicta el instinto de conservación que compartimos con prácticamente todos los animales. Normalmente, frente al peligro – o lo que se percibe como tal – cualquier animal huye. Las ratas sólo pelean cuando están, o se sienten, acorraladas. Una víbora en medio de la ruta lo primero que hará es tratar de escapar. Más aún: para

varias especies, la huida es prácticamente el único mecanismo de defensa disponible.

La situación, sin embargo, se vuelve muy diferente bajo determinadas condiciones. Por ejemplo es muy difícil que alguien no pelee si se trata de defender su propia vida. No es muy halagüeña la comparación, pero muchísimas personas se comportan como ratas: si pueden huir, huyen; pero pelearán si se las acorrala. ¿Podríamos llamar valentía a esa actitud? No lo creo. Resulta demasiado transparente que se trata tan sólo del instinto de conservación y supervivencia en acción.

Pero a veces sucede algo extraordinario: es cuando **contradiciendo** ese instinto ancestral, de pronto una persona sale en defensa, no ya de su propia vida, sino de la de los demás. Es cuando aceptamos arriesgarnos y entablamos combate porque está amenazada la integridad o la seguridad de nuestros hijos, nuestra familia, nuestra comunidad, nuestra Patria. Eso ya sí es valentía.

La capacidad de vencer nuestros temores e incertidumbres y tomar decisiones firmes en situaciones de riesgo es coraje. Nuestra capacidad de usar ese coraje poniéndolo al servicio de los demás es valentía. El coraje es, para decirlo de alguna manera siempre autoreferencial: es **nuestra** capacidad para vencer **nuestros** miedos. La valentía es esa misma capacidad puesta al servicio de quienes la necesitan. El torero, el piloto de Fórmula Uno, el trapecista, son lo que en lenguaje coloquial llamaríamos tipos corajudos. El guerrero que combate por su nación, el médico que combate una epidemia, el policía y el bombero son personas valientes.

Y hay también una forma muy especial de valentía y de coraje que muchas veces se pasa por alto. Es lo que los franceses llaman *“courage civil”* y que podríamos concebir también como “valentía moral”. Es el valor que se demuestra tener cuando no está en juego nuestra vida ni nuestra integridad física sino nuestro honor y lo expuesto a riesgo es nuestra reputación, nuestra posición social, nuestro cargo, nuestra seguridad económica o nuestros privilegios. Es el valor que se requiere para hacer lo correcto y apropiado aún cuando, sea por un motivo u otro, social o económicamente “no conviene” hacerlo.

Es el caso del periodista que se atreve a decir la verdad y a publicarla a pesar de que le puede traer más de un dolor de cabeza. Es el caso del contador que se niega a firmar un balance falseado. Es el caso del gobernante que toma una medida drástica porque es necesaria aunque ello vaya en contra de la opinión de la mayoría y le haga perder unos cuantos votos. El “coraje civil” es la valentía de las personas que se mantienen firmes en sus principios y convicciones aún a pesar de las burlas y las críticas de los venales y los mediocres.

Para una sociedad y una cultura, este tipo de coraje es probablemente mucho más importante a la larga que el anterior. La enorme mayoría de nosotros morirá sin haber estado nunca en un campo de batalla; sin haber tenido que entrar en una casa en llamas para salvar a alguno de sus habitantes y sin haber tenido que tirotearse con una banda de delincuentes. Es muy difícil que en situaciones normales y ejerciendo alguna profesión corriente nos encontremos en alguna de esas situaciones.

Pero el traicionar nuestros ideales y convicciones en aras de una ventaja económica, o de una mejor posición social, ya es una situación que se nos puede presentar y hasta más de una vez en la vida. Allí es dónde deberemos demostrar si tenemos – o no – el coraje moral suficiente como para mantenernos fieles y firmes en nuestra posición si la situación nos involucra sólo a nosotros mismos, o la valentía moral de defender esos ideales y luchar por ellos si la situación involucra también a otras personas.

Dicho lo anterior, cabría quizás aclarar que la vieja recomendación espartana de "*todo en su medida*" se aplica también a esto. Tener coraje y ser valiente no necesariamente implica la obligación de vivir haciéndole proposiciones al suicidio. Esperar de la temeridad y de la obcecación que den buenos resultados es exigir demasiado del optimismo.

Lo que debemos tener en claro son nuestros límites. No es cuestión de sacrificar el bienestar y la seguridad de toda nuestra familia por la veleidad de luchar contra molinos de viento en nombre de una bella utopía. No es cuestión tampoco de suicidarse vociferando una verdad inconveniente en el momento menos apropiado y en el lugar equivocado, tan sólo para darse el gusto de ver la cara de idiota que pone el gerente general de la empresa. Nadie se ganará una medalla a la verdad y a la justicia serruchando la rama sobre la que está sentado. Muchas veces hay que saber callar y esperar. Muchas veces será cuestión de saber encontrar el momento adecuado y el argumento apropiado.

Lo importante, pues, es mantenernos constantes en la búsqueda de ese momento para poder aprovecharlo al máximo cuando la vida nos dé la oportunidad. Con frecuencia la justicia de este mundo es un tren que pasa rara vez, se detiene tan sólo en algunas estaciones, y lleva como pasajeros a quienes tuvieron la paciencia de esperarlo en el andén.

A los que se tiran a las vías antes de tiempo los pisa sin remedio.

Solidaridad

No hay verdadera paz
si no viene acompañada de
equidad, verdad, justicia, y solidaridad.
Juan Pablo II

Quizá tan solo sea necesaria
la colaboración de una persona más
para que la solidaridad
se abra camino en el mundo
Kurt Kauter

Estoy convencido de que
a esta sociedad consumista, cegada por el mercado,
la sucederá otra que se caracterizará
por el hecho trascendente de que no dejará de lado
la justicia social y la solidaridad.
René Gerónimo Favaloro

Una de las aristas crueles que tiene la naturaleza es que no le gustan los débiles. En términos generales, la lógica de la naturaleza es que los fuertes sobreviven y los débiles sucumben. Digan lo que quieran los enternecidos románticos del pacifismo universal, las panteras se seguirán comiendo a las gacelas y nosotros mismos seguiremos matando vacas y corderos para la parrillada del domingo. No es muy amable este rasgo de Madre Natura, pero es indudable que tiene cierta predilección por la excelencia: se deshace bastante rápidamente de lo inepto, lo deforme, lo degenerado y fomenta bastante al fuerte, al sano, al bien constituido. Probablemente no sea cuestión de exagerar esto en términos darwinianos, pero el fenómeno es de observación directa y sólo no lo ven quienes deliberadamente se han propuesto no verlo.

A pesar de eso, como todo el mundo sabe, doña Madre Natura tiene también sus paradojas. Por ejemplo, muchas veces premia con la supervivencia a los cobardes. En términos biológicos, la valentía puede llegar a ser antiselectiva. Los valientes se exponen a vivir menos y, por lo tanto, a reproducirse estadísticamente menos que los cobardes. Darwin nunca supo explicar por qué

no nos hemos convertido en una especie constituida por miedosos, pusilánimes y timoratos.

Por otra parte, la naturaleza también ha tenido el capricho de permitir la existencia de seres cuyo papel en el contexto general nunca me terminó de quedar del todo claro. ¿Me puede alguien decir cual es la función de las moscas, los mosquitos y las víboras en la naturaleza? Está bien; ya sé: las moscas y los mosquitos sirven de alimento a los sapos. Pero entonces: ¿para qué cuernos sirven los sapos? Tengo en esto una pequeña y eterna controversia con mis amigos ambientalistas pero, para mí, un charco no se hace ni más bello, ni más agradable, ni más útil por el hecho de estar plagado de sapos que se comen a los mosquitos y de víboras que se comen a los sapos. Lo acepto como una de las veleidades de Doña Natura y confío en que ella sabrá lo que hace. Pero no me mueve el corazón para nada.

Sea como fuere, una cosa es cierta: biológicamente hablando el ser humano es uno de los bichos más extraordinarios y complejos que existen sobre el planeta.

También es uno de los más peligrosos.

Se han gastado océanos de tinta y montañas de papel en la discusión sobre si el hombre es “bueno” o “malo”. La controversia entre el optimismo antropológico de Rousseau y el pesimismo antropológico de Hobbes de ninguna manera ha terminado, aún cuando hoy lo políticamente correcto – al menos en forma oficial – sea el optimismo. Honestamente, creo que lo de la innata bondad o maldad del hombre no es – o al menos no debería ser – una discusión antropológica, o siquiera “filosófica”, en el sentido corriente del término. Porque, en lo esencial, es una cuestión metafísica y, en última instancia, teológica. Realmente no sabría decir si el ser humano es bueno o malo por naturaleza.

Lo que sí sé es que es un animal peligroso.

Somos peligrosos. Más de diez mil años de Historia demuestran que somos capaces de matar, degollar y hasta exterminar a los de nuestra propia especie; y eso es algo que ningún otro animal ha hecho, ni hace. Somos los únicos capaces de matar por matar sin que eso constituya un carácter excepcional y ocasional en tan sólo algunos miembros estadísticamente irrelevantes de la especie como es el caso del tigre cebado. Matar, incendiar, saquear, violar son inherentes a nuestro comportamiento histórico. Depredamos el medio que nos rodea y nos fabricamos medios artificiales que alteran el equilibrio de todo el planeta. En un par de años somos capaces de aniquilar lo que la naturaleza tardó millones en construir. Desagotamos lagos existentes para regar nuestros sembradíos y metemos enormes lagos en dónde nunca los hubo para hacer andar nuestras centrales hidroeléctricas. Adoramos a Dios pero somos capaces de ejecutar a otros que

también lo adoran pero de otro modo, o con otro nombre. En Occidente hasta se han masacrado personas que creían en el mismo Dios, con el mismo nombre.

El ser humano es un animal peligroso. Déjenlo suelto y terminará haciendo barbaridades que ni se imaginan. No sé, honestamente no sé, si es esencialmente bueno pero no sabe comportarse, o si es esencialmente malo y sólo puede redimirlo una instancia superior. El hecho concreto es que necesita límites; precisa estructuras que lo orienten y lo contengan. Sin esos límites se desbarranca y se extravía. Si tuviera que diseñar un sistema sociopolítico para el ser humano yo no apostaría ni por su bondad ni por su maldad. Me conformaría con lograr un sistema que mantuviese su peligrosidad a raya.

Sin embargo, así como la naturaleza tiene sus veleidades, el ser humano también los tiene. Ese mismo ser humano que es capaz de cometer esas atroces tropelías que coleccionan con morboso interés los libros de Historia, también es capaz de construir catedrales, componer sinfonías, escribir poesía, pintar paisajes hermosos, hacer música, reflexionar sobre si mismo, desarrollar geometrías de varias dimensiones, hurgar en los secretos del átomo, zambullirse en la genética para investigar los ladrillos que la vida utiliza para construirse, disponer hospitales para curar a los enfermos y hasta fundar obras de caridad para ayudar a los necesitados. Lo realmente incomprensible a veces es que este ser humano que acabo de describir sea el mismo ser al que me refería antes.

El hombre es un animal peligroso pero, por fortuna, posee un aspecto noble: es capaz de ser solidario. Sin duda es contradictorio. Puesto frente a otro ser humano, uno nunca sabe si lo matará o lo ayudará. En términos históricos y estadísticos, hay una probabilidad de casi el 50% para cualquiera de ambas posibilidades. Pero, de cualquier manera que sea, la buena noticia es que hay al menos un 50% por el que vale la pena apostar.

Reconozco con toda sinceridad que esta coexistencia de los opuestos en el hombre me supera. Fuera del ámbito de la religión, no sabría encontrarle ni explicación, ni remedio. Pero, manteniéndonos en el terreno profano, yo diría que una aproximación bastante eficaz a esta ambivalencia está en las ya mencionadas estructuras y en los límites que pueden contener y sostener a la persona permitiendo el desarrollo – o por lo menos la manifestación – de su parte más noble.

Probablemente hay pocas cosas más peligrosas que un conjunto de seres humanos asustados, o que se sienten amenazados. Cuando el hombre se siente inseguro y expuesto a riesgo es capaz de cometer las estupideces más inverosímiles y las salvajadas más increíbles con tal de lograr una sensación de poder que le brinde mayor seguridad. Organicen ustedes a ese mismo, salvaje, grupo humano en un sistema sociopolítico y económico con estructuras sólidas,

relaciones claras, líneas de autoridad bien constituidas, pautas jurídicas estrictas pero equitativas, más una administración eficaz y eficiente, y ese mismo grupo humano es capaz de sorprender al mundo entero con sus logros y sus éxitos. Y no crean que estoy inventando la situación. Algo muy parecido a esto sucedió cuando Roma fue invadida por los bárbaros. Los antepasados de estos bárbaros incendiaron y saquearon a Roma. Sus descendientes construyeron las catedrales góticas de más de media Europa.

El secreto está en las interrelaciones que posibilitan la convivencia. Así como una asociación bien constituida multiplica las posibilidades concretas de los individuos – ofreciéndoles con ello una mayor libertad real – del mismo modo una organización social bien fundamentada y bien organizada aumenta los márgenes de seguridad. No sólo reduce riesgos y aleja o elimina amenazas sino que – y esto es quizás más importante todavía – reduce en forma muy considerable **la percepción del riesgo** de las personas. En otras palabras: una buena organización sociopolítica no sólo brinda mayor seguridad sino también una mayor **sensación** de seguridad.

En este entorno puede luego crecer y desarrollarse la solidaridad que, de otro modo, sólo se manifestará esporádica y excepcionalmente en algunos momentos de crisis y sólo en algunas y muy contadas personas. Pero, con todo, creo que es necesario puntualizar algunos aspectos.

La solidaridad no es una obligación de los ricos para con los pobres. Forzando solamente un poco los argumentos hasta me animaría a decir que la solidaridad no tiene nada que ver con la riqueza y la pobreza. Algunas veces los ricos son solidarios entre si y muchas veces los pobres son solidarios entre si. La solidaridad es la capacidad que tenemos de ayudar a otros y de saber aceptar la ayuda de otros. Aunque muchos no consigan entenderlo de esta forma, también la solidaridad es una avenida de doble mano. No sólo hay que saber dar. También hay que saber recibir.

Si bien es cierto que tenemos una larga tradición en cuanto a que el poderoso puede mandar pero bajo la condición de proteger al que obedece y de asistir al necesitado, esto no justifica una actitud meramente pasiva de parte de los protegidos y los asistidos. Hoy, parecería ser que la idea general es que los ricos tienen la obligación de asistir a los pobres y los gobernantes inclinarse ante cualquier capricho de las masas, mientras los pobres se creen con derecho a recibir la asistencia de brazos cruzados y el pueblo soberano se arroga el derecho a exigir cualquier idiotez que se le ocurra a los demagogos.

Y no es así. No es así como funciona la solidaridad. La protección recibida genera la obligación de la lealtad y la ayuda recibida genera la obligación de la reciprocidad. Quien no sabe brindar su lealtad a quien lo protege no merece ser

protegido, y quien no está dispuesto a ayudar a los que lo ayudan no merece ser ayudado.

La solidaridad no es un recibir sin dar nada a cambio. Es cierto que el que da, debe hacerlo sin **especular** con lo que, eventualmente, recibirá. La dádiva interesada no es solidaridad; es soborno. Pero justamente porque la solidaridad es desinteresada, precisamente **por eso** genera la obligación de parte de quien la recibe. Sin esa contraprestación, la solidaridad se convierte en una dádiva que no hará más que fomentar el parasitismo de los inútiles, los vagos y los ventajeros.

La actualmente muy difundida y popular tesis de que los ricos tendrían la obligación de asistir a los pobres se basa en argumentos falsos. Explícita o implícitamente, la línea argumental del humanitarismo lacrimógeno y del populismo demagógico sostienen que los ricos tienen su fortuna gracias a una supuesta "suerte" inmerecida. O bien, en su defecto, directamente presuponen que han amasado su fortuna con dinero mal habido.

Por supuesto que tampoco se trata de ser ingenuos ni de ponerse a defender lo indefendible: el sistema de premios y castigos de nuestra sociedad actual, como ya hemos visto, hace que estas presunciones no carezcan de fundamento en una buena cantidad de casos. No obstante, aún así, perorar acerca de la solidaridad sobre esta base es falsear completamente la esencia misma del tema. Aunque más no sea porque, ya de entrada, esta línea argumental esconde muy mal su móvil principal que no es otra cosa que la envidia. Del mismo modo en que la enorme mayoría de los que vociferan por justicia disimulan bastante mal su sed de venganza.

Por desgracia, es cierto y hay que admitir que nuestro sistema sociopolítico premia más al egoísmo y a la codicia que a la nobleza y a la rectitud. Una persona inteligente y hábil pero desconsiderada, oportunista, arrogante y cruel, tiene hoy diez veces más probabilidades de llegar a rico que una persona de cualidades opuestas. Por eso, también, es que, en términos generales, la riqueza de una persona no es considerada como correlativa de sus méritos. En otras palabras: no se considera que los ricos merezcan serlo y esto, de alguna manera, se usa luego para justificar la envidia.

Pero habría por lo menos dos cosas para apuntar en relación con esto. En primer lugar, deberíamos definir el término ése de "rico". Porque resulta ser que los pequeños enanos envidiosos no sólo consideran "ricos" a los grandes magnates – varios de los cuales seguramente no resistirían una investigación penal a fondo – sino que meten en la misma bolsa a cualquiera que no viva en una villa de emergencia. Hay una enorme cantidad de gente que posee algunos bienes, que vive relativamente bien, y que aparece como "rica" a los ojos de ciertos activistas políticos, pero a la cual nunca se le reconoce que consiguió lo que tiene gracias a

que se pasó toda una vida rompiéndose el alma trabajando. Y aún cuando una persona no tenga la estricta moralidad de un monje benedictino, eso no quiere decir necesariamente que lo que posee no vale el trabajo, la dedicación y la perseverancia que tuvo que invertir para tener lo que tiene. En todo caso, habría que ver también cuan estricta es la moralidad del envidioso que lo critica.

En segundo lugar, estimo que deberíamos aprender a diferenciar a quienes imponen, sostienen y mantienen un régimen injusto, de quienes tan sólo hacen todos los días lo posible para sobrevivir, subsistir y hasta eventualmente prosperar en ese sistema esencialmente injusto. Tendríamos que saber distinguir mejor al que impone las reglas de juego del que solamente se sentó a la mesa a jugar. Admitamos al menos que no todos tienen vocación de revolucionarios; como que tampoco todos tienen la capacidad para serlo.

De cualquier manera que sea, la solidaridad no es la virtud de los Robin Hood. Es una conducta que, más allá de las justicias o injusticias del sistema en que vivimos, todos podemos asumir ayudando al que necesita ayuda y ayudando a quienes nos ayudan. Una relación de solidaridad no es una relación en la que el que tiene mucho le da al que tiene poco; es una relación en la cual cada uno da lo que puede. El poderoso dará protección y el débil le corresponderá con su lealtad. El rico brindará las oportunidades que pueda construir y el pobre le corresponderá aprovechándolas para salir de su pobreza ofreciendo a cambio su trabajo y su gratitud. Y siempre se puede dar una mano a quienes ayudan a otros.

Ayudemos a quienes nos necesitan. Ayudemos a quienes nos ayudan y ayudemos a quienes ayudan a los demás.

En lo esencial, la solidaridad no es más que eso.

No es tan difícil.